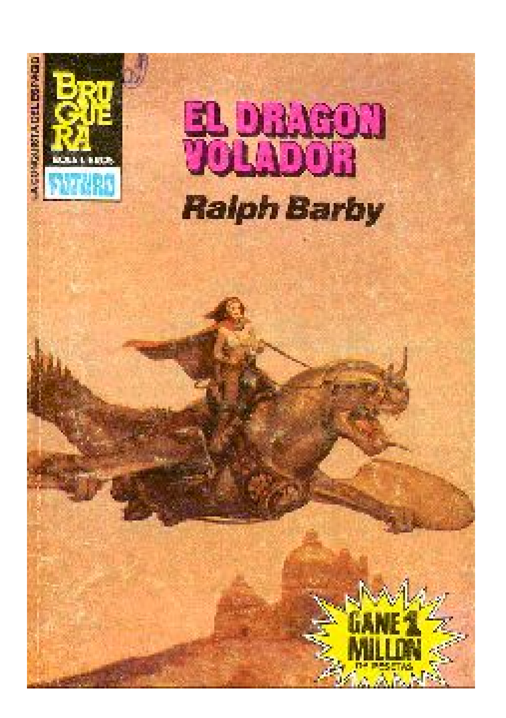


EL DRAGON VOLADOR

Ralph Barby

GANE 1 MILLON DE PESETAS


BRUGUERA
FUTURO
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
EL DRAGON VOLADOR
Ralph Barby
GANE 1 MILLON

Ralph Barby
[Espacio 742] El Dragón Volador

CAPITULO I

- Ya lo tenemos en pantalla -señaló Roure.

Efectivamente, en una de las casi tres docenas de pantallas que poseía la cabina de mando y control de la cosmonave Fura se reflejó un cuerpo brillante sobre el fondo negro de la inmensidad del universo, repleto de miríadas de millones de estrellas.

- Sí, es el Errabund, no me cabe duda. Es más difícil localizar a ese asteroide que contar las estrellas de la galaxia.

- El sabio Lotus, de veras no está loco?

- No podemos calificar de loco a quien no piensa o vive como nosotros. El sabio Lotus es un personaje extraño y singular, evidentemente, pero al que yo aprecio mucho.

- ¿Cómo puede vivir en ese asteroide errante?

- Porque le importan muy poco las civilizaciones planetarias y prefiere vivir solo con sus androides.

- No entiendo aún cómo se abastece de suministros.

- No hay problema, pide cuanto desea. Nosotros mismos, ahora le llevamos algunas provisiones y materiales que sé que necesita. El paga bien, nunca ha tenido problemas con los pagos, pues posee piedras preciosas y metales que la más elevada tecnología científica no ha podido conseguir.

- ¿Y no tiene miedo de ser atacado, sabiéndose que guarda consigo piedras preciosas y metales raros e hipernobles?

- Sus medidas de seguridad son desconocidas pero, por lo visto, muy efectivas. Nadie ha conseguido abordar ese asteroide sin permiso del sabio Lotus. Además, es muy difícil averiguar dónde se encuentra en un momento dado. Sólo el propio sabio conoce su ruta.

- ¿Pese a ser errante?

- Así es. Si él te llama como ha hecho conmigo, le puedes

localizar, pero como el sabio Lotus no se ponga en contacto contigo, es muy difícil encontrarlo. Dentro de la galaxia hay demasiados astros y asteroides para localizar a Errabund.

Lluny Flat amplió la imagen del asteroide errante llamado Errabund.

No podía decirse que fuera muy grande. Tendría unos cinco kilómetros de radio, quizás algo más, pues era irregular y no liso en su superficie, sino que tenía numerosas crestas rocosas de brillante cuarzo. Y cualquier luz que recibieran esas rocas de cuarzo, se reverberaba en todas direcciones, dándole una espectacular brillantez.

En la pantalla de telecomunicaciones apareció un personaje de aspecto feroz.

El color de su piel era púrpura, con perfiles negros. Poseía una boca asombrosamente dentada y amenazadora. Sus ojos, muy grandes, semejaban poder verlo todo.

- Identifícate, viajero -ordenó con voz muy grave.

- Soy Lluny Flat y me preparo para la toma de contacto con el asteroide Errabund.

- ¿Cuál es tu clave? -exigió el extraño personaje que aparecía en la pantalla.

Lluny Flat pulsó un botón del teclado de mando del computador central que controlaba la cosmonave, y en otra pantalla aparecieron unas figuras geométricas en blanco sobre fondo amarillo y rojo.

Aquellas figuras geométricas cruzaron el espacio y debieron reflejarse en otra parte porque, de inmediato, la imagen del feroz personaje se difuminó como si se desintegrara, dando paso a otra imagen.

El nuevo ser no era otro que el sabio Lotus. Daba la sensación de ser muy alto. Tenía una cabeza noble, con escaso cabello y abundante barba blanca. Vestía una túnica de color blanco crudo y parecía un gran patriarca.

- Hola, muchacho, te estaba esperando.

- Recibí tu telecomunicación cifrada pidiéndome que pasara a verte y aquí estoy.

- Cierra el control de mando del ordenador y deja libre la cosmonave. Yo la guiaré hasta el lugar que corresponde.

- De acuerdo, Lotus. Pongo mi cosmonave en tus manos.

Cerró el control del ordenador y dejó libre la cosmonave Fura que, por unos instantes, sufrió ligeros vaivenes. Roure, el compañero de Lluny Flat, se asustó.

- ¿Cómo va a poder controlar esta cosmonave a distancia? ¡Nos vamos a estrellar contra el asteroide!

- Confío plenamente en el sabio Lotus -replicó Lluny.

La cosmonave avanzó hacia el asteroide Errabund que cada vez se hacía más grande a los ojos de los cosmonautas.

Aquel asteroide, erizado de altísimas rocas brillantes, les atraía con una extraña fuerza y parecía que fueran a desintegrarse en la ya inevitable colisión.

Roure, que carecía de la experiencia de Lluny Flat en los viajes espaciales, no se recuperó del susto hasta que, de pronto, vieron cómo el agujero de una gran caverna se ensanchaba para que la cosmonave que reducía velocidad pudiera pasar por él, y así sucedió.

Al fin, la cosmonave quedó quieta, iluminada por luces rojas y azules mientras una gran compuerta cerraba la entrada de lo que parecía una caverna.

Aquel gran hangar volvió a llenarse de aire respirable, un aire que antes había sido almacenado en tanques apropiados, lo mismo que si fuera una cosmonave.

- ¿Tranquilo? -preguntó Lluny Flat mirando a su compañero, más alto y más fornido que él.

Roure suspiró.

- ¿Qué gravedad hay afuera? -preguntó.

- No temas, aquí está todo previsto para vivir sin problemas. Como es lógico, la gravedad es artificial. No me preguntes qué método emplea porque no lo sé. Muchas de las cosas que ocurren dentro de este asteroide no las comprendo yo ni las entenderían muchos de los científicos que conocemos. Para algo estamos en la morada del sabio Lotus.

- ¿Y el tipo que nos ha hablado primero en la pantalla?

- Es uno de sus androides. Lo utiliza para ofrecer una imagen amenazadora a los intrusos que intentan aproximarse al asteroide.

- ¿Y vive completamente solo?

- Sí, con sus androides y otros robots que simulan distintos animales.

Se abrió la portezuela y automáticamente apareció la rampa que les permitía salvar el desnivel que había hasta el suelo.

Vieron acercarse a dos bellas mujeres, altas y esbeltas, muy sonrientes: vestían una especie de casaca sin mangas y shorts que descubrían sus piernas.

- Uauh, qué chicas más bonitas -exclamó Roure.

- No te animes demasiado, son androides.

- Androides? Nadie lo diría. Si no me lo dices, hubiera intentado acostarme con ellas.

- Quién sabe, hasta es posible que te hubieran dado placer. Lotus lo tiene todo en cuenta. Te habrías acostado con unas robots, aunque muy perfectas y atractivas, eso sí.

- Bien venidos a Errabund -dijeron las dos androides al mismo tiempo.

Parecían gemelas; sólo el color de los cabellos y el de los ojos las diferenciaba.

- Llevadnos a presencia del sabio Lotus -pidió Lluny Flat.

- Seguidnos -dijeron, siempre al unísono.

- ¿Seguro que son dos androides? -insistió Roure en tono de cuchicheo al ver las dos féminas caminar delante de ellos contorneándose, moviendo todas las curvas de su cuerpo.

- Sí, lo son. Aquí no vive más que el sabio Lotus como ser orgánico inteligente. Ah, y ten cuidado, estas androides no actúan como una mujer normal y corriente. Tienen cerebros bioelectrónicos en los que almacenan la memoria impuesta por el propio sabio Lotus. Lo que trato de decirte es que si ellas te computaran como enemigo de su amo y señor, te destruirían con más facilidad de la que puedas imaginar.

Cruzaron el umbral de una puerta que tenía un dintel muy alto.

Avanzaron por un amplio corredor y llegaron a una gran sala donde había infinidad de aparatos colocados sin orden, y que parecían funcionar todos al mismo tiempo. Aquello era un laboratorio gigantesco.

Roure se asustó al verse de pronto frente al sabio Lotus.

Imponía como un dios mitológico. Debía pasar de los cinco metros de estatura y lo mismo Lluny Flat que su compañero Roure parecían gnomos frente a él.

- Bien venidos a Errabund -les saludó.

- Aquí estamos, Lotus. Es un placer volver a verte. Mi compañero se llama Roure.

- Habéis llegado demasiado pronto para ver con vuestros propios ojos una de mis mejores obras -declaró con su voz profunda.

- ¿Podemos saber de qué se trata?

- Del dragón galáctico.

- ¿Es un juego, Lotus?

- Puede ser. Seguidme.

- Es un gigante -murmuró Roure al oído de Lluny Flat, mientras avanzaban por el complicadísimo laboratorio hasta que se detuvieron frente a una pantalla gigante.

- Fijaos en él -indicó.

En pantalla apareció un monstruo de enorme cabeza armada con grandes dientes. Era una especie de dragón que volaba con grandes alas membranosas de murciélago gigante. De vez en cuando, el dragón abría la boca y disparaba rayos en abanico.

- ¿Qué os parece? -preguntó el sabio Lotus, satisfecho.

- Me parece un juguete que no creo que sirva para mucho -opinó Lluny Flat.

- Eso nunca se sabe, muchacho, nunca se sabe. Por supuesto, las medidas de ese monstruo no se reflejan en la pantalla. Será autónomo, con un control perfecto a través de su ordenador biónico. Su núcleo energético será prácticamente inagotable y podrá surcar los espacios interestelares como si volara. Ya sabemos que no le hacen falta alas para desplazarse por los espacios donde no hay aire, pero es que el efecto óptico y psicológico que causa con esas alas es mucho mayor. Además, sirven para introducir en ellas una especie de componentes que aumentan las prestaciones del dragón.

- ¿Para qué has construido este monstruo, Lotus? ¿Para que vuele alrededor de tu asteroide asustando a quienes pretendan acercarse? -inquirió Lluny Flat.

- No sé bien todavía cuál será su misión. Muchas veces construyo máquinas u objetos, artificios que he imaginado, y no les he dado utilidad concreta alguna.

No busco siempre la utilidad en todo aquello que creo con mi inteligencia, mis manos y la ayuda de mis robots. En realidad, ese dragón galáctico será como una cosmonave autónoma, aunque lo proveeré de una cabina para que lo tripule un ser humano orgánico

de estatura como la vuestra a fin de que pueda dirigirlo personalmente, anulando entonces al computador de control y dirección.

Roure oyó un gruñido a su espalda y se volvió, asustándose al descubrir tras de sí a una especie de gorila élido cuyas garras curvas aparecían desnudas de sus cápsulas y le miraba amenazador.

- Quieto, Roure -pidió Lluny Flat, sujetándole la mano que instintivamente iba en busca de la pistola que colgaba de su cinto.

- No temáis; a «Gori» le gusta divertirse, si es que puede llegar a saborear el placer, pues no es más que un robot -les aclaró el sabio Lotus.

- Pues este bicho, suelto en cualquier planeta, asusta al más pintado -gruñó Roure. Se encaró con el sabio para preguntarle-: ¿Siempre se divierte asustando a la gente?

- He comprobado que a muchos seres humanos lo que más les domina es el miedo.

El sabio Lotus se sentó en una butaca que más parecía un inmenso trono e invitó a sus visitantes a que hicieran lo mismo en butacas adecuadas a su estatura.

Una vez estuvieron debidamente acomodados, las butacas se elevaron hasta que la cabeza de los cosmonautas quedaron al mismo nivel que la gran cabeza barbada del sabio Lotus.

Roure miraba en derredor un tanto temeroso, temiendo que la butaca que parecía sostenerse en el aire se cayera de un instante a otro.

- Te he pedido que vinieras a verme, si ello era posible, para pedirte un favor.

- Ya sabes, Lotus, que puedes contar con cualquier favor que pueda hacerte.

A Roure no le cabía en la cabeza que un personaje tan extraño y gigantesco como el sabio Lotus pudiera necesitar de ellos.

- ¿Conocéis el planeta Torio?

Roure miró preocupado a Lluny Flat, pues era la primera vez que él oía hablar de aquel planeta.

- No, no lo conozco.

- En realidad, es un planeta que todavía está lejos de la revolución tecnológica.

Lluny inquirió:

- ¿Tienes algún problema con ese planeta?

- En el planeta Torio existen varios pueblos. Uno de ellos, por su civilización y número, destaca sobre los demás, y precisamente conozco a su emperador porque he estado un par de veces en ese planeta.

- ¿Tiene Torio algo especial?

- Es muy hermoso -explicó el sabio Lotus-. Avanzan más lentamente en la tecnología porque viven a gusto y no son seres belicosos. Gozan de una temperatura media muy agradable. Poseen grandes bosques, marismas, hermosos y caudalosos ríos, océanos. Es un planeta idóneo para la vida, y sus habitantes son seres apacibles en general.

- Si es un planeta tan estupendo, ¿qué pueden necesitar de mí?

- He captado una emisión con mis teleinterceptores y he podido entender que van a ser atacados.

- ¿Atacados, por quién?

- Por Volfram y sus huestes.

- ¿Volfram? -Lluny casi dio un brinco-. Pero, ¿ese corsario de la galaxia no desapareció en la batalla de las Binarias?

- Volfram fue vencido por los ejércitos espaciales de la Confederación Galáctica, pero él y lo que quedó de sus fuerzas, lograron huir. Se creyó que habían desaparecido para siempre, pero Volfram consiguió llegar a un lejano planeta donde fue rehaciéndose de su gran derrota. Comprendió que jamás podría enfrentarse a tales ejércitos: su flota de cosmonaves de guerra es relativamente limitada. En realidad, es un pirata del espacio que únicamente puede permitirse entrar, atacar y saquear a planetas no muy evolucionados, planetas que no están dentro de la Confederación Galáctica, pero en la galaxia existen muchos de esos planetas, con seres humanos que todavía tardarán mucho tiempo en progresar lo suficiente para hacer viajes interestelares con regularidad y garantías. En cambio, Volfram posee una flota espacial con gran poder bélico.

- ¿Y crees que Volfram va a atacar a la civilización del planeta Torio?

- Sí. Lo que ignoro es cuándo se iniciará el ataque y en qué forma atacarán -repuso Lotus.

- ¿Por qué no avisas al secretario de la Confederación Galáctica?

- Porque me consideran un viejo loco y no me harían caso. Además, el planeta Torio está algo lejos, y desplazar a todo un ejército espacial en aquella dirección resultaría muy costoso. Por otra parte, visto desde la óptica del secretariado de la Confederación Galáctica, resulta primitivo y carece de importancia. Por otra parte, si Volfram lo ataca con sus huestes, lo saqueará para llevarse aquello que más le apetezca; incluso, pueden utilizar el planeta como refugio durante un tiempo, pero no son suficientes para mantener allí un asentamiento definitivo. Volfram utilizará a sus habitantes como esclavos o para chantaje, no lo sé.

- ¿Y me pides que vaya a ese planeta para impedir la invasión de Volfram y sus huestes? Es una barbaridad, Lotus. En la cosmonave sólo viajamos Roure, yo y nuestro androide «Nan».

- Nosotros no podemos combatir contra Volfram -replicó Roure por su parte.

- No os pido que os enfrentéis a Volfram, pero sí que visitéis al emperador Onion y le preguntéis qué podéis hacer vosotros por él.

- ¿Y qué podríamos hacer nosotros por ese pueblo? -quiso saber Roure.

- Pues, podríais proteger aquello que Orion más estime o más interese a su pueblo.

- ¿Y después? -interrogó Lluny Flat.

- Ellos tienen que luchar por su civilización, por su pueblo, por su planeta. Si son atacados, han de defenderse, es su deber. Después de todo, Volfram, dentro de lo que cabe, tiene un poder limitado. No se trata de una civilización que ataca a otra con afán de genocidio. Volfram, con sus huestes, atacará, asesinará, saqueará, destruirá, pero luego se marchará, más fuerte si cabe, para atacar a otro planeta; eso es cierto, mas terminará por toparse con un ejército bien armado y será derrotado de nuevo. Esperemos que en la próxima ocasión, sea destruido totalmente.

- Poco podremos hacer -advirtió Lluny Flat.

- Eso nunca se sabe. Quizás Onion y con él, todo el pueblo de Torio, queden satisfechos por lo que puedas lograr.

- Si sólo se trata de proteger lo que más estimen en su mundo… -comentó Roure, ambiguo.

- Eso es. Estoy seguro de que si conseguís hacerle este favor al emperador Onion, os recompensará adecuadamente, y si él muere o

es aplastado por Volfram, seré yo quien os recompense.

- Lotus, tú no tienes que pagarme ningún favor -contestó Lluny Flat-. Tenemos amistad desde hace tiempo, pese a nuestra diferencia de edad y sabes que yo haría por ti lo mismo que tú por mí.

- Soy consciente de que os pido mucho al pretender que vayáis a un planeta que va a ser atacado por el maligno Volfram, pero no quiero que corráis riesgos. Preguntadle a Onion qué es aquello que más aprecia, aquello que quiere salvar de esos bárbaros y cuando os lo diga, protegedlo.

- ¿Y si lo que hemos de proteger es precisamente lo que más quiere Volfram? -inquirió Roure.

- En ese caso, abandonad el lugar, nadie os lo reprochará. Vuestra cosmonave es muy rápida, pero estad prevenidos; Volfram tratará de desintegrar cualquier vehículo que se ponga a su alcance para que no haya testigos de su invasión y saqueo de un planeta pacifico e indefenso.

CAPITULO II

- ¿Crees que conseguiremos algo? -preguntó Roure a su compañero y jefe que era Lluny Flat.

- No lo sé, Volfram es de temer. No me he enfrentado jamás a él, pero sé que es muy peligroso.

- Por qué le llamaste corsario y no pirata del espacio?

- Porque en varias ocasiones trabajó, es decir, pirateó, invadió y saqueó a las órdenes de otras civilizaciones que no querían gastar sus caudales en enviar tropas de invasión o castigo contra pueblos oprimidos. Les era más cómodo pagar a Volfram y éste, con sus huestes espaciales, llegaba al planeta señalado para el castigo, invasión y saqueo, y cumplía con creces su objetivo.

- ¿Duró mucho tiempo ese «corsariado»?

- Que yo sepa, sí, pero la Confederación Galáctica entró en el asunto y no sólo se prohibió subvencionar y proteger a Volfram para que hiciera incursiones en otros planetas o ataques a convoyes interestelares en ruta, sino que se le persiguió y al fin se le dio batalla en las Binarias, donde fue derrotado ampliamente; sin embargo, ese maldito debía tener reservas. Había saqueado ya mucho en otras ocasiones y, al parecer, ha conseguido rehacerse. Habrá acudido a planetas frontiers para buscar aventureros sin escrúpulos y reorganizar su pequeño ejército. En sus continuados saqueos a través de planetas indefensos, debió acumular muchas riquezas que le habrán permitido pagar los cuantiosos gastos que ocasiona reconstruir una flota espacial derrotada.

- Si nosotros aparecemos frente a Volfram y sus huestes, será como un suicidio.

- Pienso lo mismo.

- Entonces, ¿por qué vamos a ese planeta llamado Torio?

- Porque le di mi palabra al sabio Lotus.

- ¿Tanto le debes a ese extrañísimo ser?

- Sí, mucho. Yo confío en él y él confía en mí. Al sabio Lotus hay que aceptarlo como es. En ocasiones, parece un niño.

- Será un niño gigantesco. Me asusté al ver su tamaño y por muy viejo que sea, los gigantes impresionan.

- Sí, es muy grande, pero no hace daño a nadie. Vive encerrado en su asteroide Errabund con sus androides y robots.

- Si tuviera que vivir como él, rodeado tan sólo de androides y animales artificiales, me volvería loco.

- No serías el único, pero él vive feliz. Al fin y al cabo, son criaturas suyas, creadas por él. En su asteroide errante se siente como un dios del espacio.

La cosmonave Fura seguía la ruta que les marcara el sabio Lotus para poder llegar al planeta Torio.

Iban lanzados a la máxima velocidad, cinco mach luz; tenían que llegar antes que Volfram y sus huestes saqueadoras.

- ¿Crees que llegaremos antes que ese Volfram?

- No lo sé, pero cuando se viaja en flota completa, los desplazamientos son más lentos. Posiblemente tenga que reponer suministros en alguna parte. Es posible que lleguemos antes que él.

- ¿Y si nos descubren?

- Pues tendremos que llevar a cabo una huida discreta. Frente a frente no tenemos posibilidad alguna de salir vivos.

- ¿De cuántas cosmonaves dispone la flota agresora de Volfram?

- Lo ignoro, pero en la batalla de las Binarias, que yo recuerde, eran casi quinientas.

- Qué barbaridad, todo un ejército espacial. Ahora comprendo por qué tuvo que emplearse a fondo el ejército de la Confederación Galáctica.

En la cabina de mando apareció «Nan», el androide propiedad de Lluny Flat. Era más bien pequeño, pero con muchas prestaciones.

Lluny Flat solía utilizarlo como explorador en los planetas desconocidos, pues resistía temperaturas altísimas y también muy bajas, así como la carencia de aire y gravedad, pues se autorregulaba.

Podía desplazarse con toda normalidad por atmósferas venenosas, ácidas o con un gran contenido de polvo en suspensión. Además, podía introducirse en los huecos más difíciles de la

cosmonave para resolver averías.

- Detecto actividad en las cajas cargadas en la bodega.

- ¿Qué clase de actividad? -preguntó Lluny Flat al androide, que no le llegaría a la cintura y era más bien delgado.

- Actividad de radio-energía -respondió el pequeño «Nan».

- ¿Puede ser peligroso? -inquirió Roure-. No sabemos lo que el sabio Lotus metió en esas cajas.

- Unos regalos para su amigo el emperador Onion.

- Hum, podía habérnoslos mostrado -observó Roure, receloso.

- No era necesario, si ya estaban bien embalados.

- Esperemos que lo que haya dentro de esas cajas no haga explosión en el momento más inesperado; nos desintegraríamos.

- El sabio Lotus sabe muy bien lo que se hace -le replicó Lluny Flat.

- ¿Cuáles son las órdenes para mí? -preguntó «Nan».

- Observa esas cajas periódicamente por si aumenta la radio-energía que has detectado.

- Orden recibida -asintió «Nan» con su voz grave, y se alejó de la cabina de control.

El viaje con destino al planeta Torio fue haciéndose sin dificultades.

Escaparon a la atracción de planetas gigantes y estrellas de grandes dimensiones. Cruzaron nubes de meteoritos de considerable tamaño con los consiguientes riesgos de colisión, y también se internaron a gran velocidad en una inmensa nube de polvo cósmico; éste provocaba tal rozamiento que aumentaba la temperatura de las cosmonaves que se atrevían a cruzarla.

Algunos cosmonautas la llamaban «la Niebla de la muerte», pues no eran pocas las cosmonaves que habían penetrado en aquella inmensa nube cósmica de polvo y ya no se había vuelto a saber de ellas.

El rozamiento había elevado la temperatura hasta provocar la explosión de las cosmonaves, desintegrándolas y convirtiéndolas en polvo cósmico que pasaba a engrosar la ya inmensa nube.

Se encendieron las luces de advertencia de peligro.

- ¿Qué sucede? -preguntó Roure, levantándose de su litera, donde había estado descansando.

- Ha subido la temperatura -le respondió Lluny Flat.

- Eso, no hace falta que lo jures, estoy sudando. ¿Qué pasa, no funciona la refrigeración?

- Está al máximo.

El ordenador advirtió entonces con su voz femenina:

- Ochenta y dos grados dos décimas en bodegas, cuarenta y cuatro en el hábitat. La temperatura es excesiva y el peligro de incendios y explosiones, inminente.

- ¿Has oído? ¿Qué piensas hacer?

- El rozamiento es excesivo; hay que disminuir la velocidad que llevamos. Es demasiada para cruzar la niebla cósmica.

- Podíamos haberla sorteado.

- Eso nos hubiera aumentado casi cien horas de viaje -replicó Lluny Flat.

- Sin embargo, no correríamos los riesgos que estamos sufriendo ahora.

- Es cierto, pero cruzar la niebla nos da ventaja.

- Atención, atención, la temperatura sigue subiendo -advirtió la voz femenina del computador.

«Nan» apareció en la cabina de mando y control advirtiendo:

- Aumenta la radio-energía en las cajas, espero órdenes.

- Quizá el exceso de temperatura ponga en marcha algún mecanismo -observó Lluny.

- ¿Y si lo que contienen esas cajas explota? -sugirió Roure-. Iré a ver de qué se trata.

- Las cajas están cerradas, no tenemos derecho a abrirlas -advirtió Lluny, añadiendo-: Me haré cargo de la cosmonave.

Desconectó el control automático del ordenador central y fue reduciendo velocidad, pero la temperatura aumentaba, haciéndose insoportable.

- ¿Por qué no baja la temperatura? -se preguntó Roure que se sentía arder mientras su cuerpo transpiraba copiosamente, como si estuviera encerrado en una sauna.

- Debemos estar pasando una zona más densa, donde el polvo cósmico es más denso por centímetro cúbico -opinó Lluny Flat.

- Y lo malo es que no se ve nada.

- Ni se ve ni se capta nada. Aquí dentro no se puede recibir ninguna telecomunicación; estamos en incomunicación total. Por eso estimé que era mejor cruzar por este lugar. Volfram no nos

detectará y, por otra parte, él, con sus huestes, no se atreverá a cruzar por aquí y perderá su tiempo dando el gran rodeo a la niebla cósmica.

«Nan» se dirigió a la bodega para ejercer un control sobre el cargamento. Debido a la elevada temperatura, mucho mayor en la bodega que en las áreas de hábitat, podía estropearse la carga.

Allí estaban las cajas que les entregara el sabio Lotus. Una de ellas empezó a moverse y «Nan» se puso en contacto con Lluny Flat.

- Flat, Flat, una caja se mueve. ¿Qué debo hacer?

- Estos androides nunca saben qué hacer por sí mismos -gruñó Lluny Flat desde la cabina de mando.

Una caja reventó y por ella apareció la cabeza de lo que podía parecer un gran felino de hocico largo. «Nan» se quedó mirándolo con sus ojos tan artificiales como el resto de su cuerpo.

- Acaba de aparecer una fiera salvaje. Pido orden para destruirla.

- ¡No! -le gritó Lluny Flat-. Es un regalo del sabio Lotus al emperador Onion.

- Voy a ver de qué se trata -dijo Roure.

- No te muevas.

- ¿Por qué?

- Tendrías que ponerte un traje de supervivencia. Abajo hace una temperatura que no podrías resistir, te cocerías vivo. Déjalos. Después de todo, lo que llevamos en las cajas no será otra cosa que robots imitando animales o algo por el estilo. Ya conoces las aficiones del sabio Lotus.

«Nan» apareció en la sala de mandos y control. Tras él avanzaba el felino que era de considerable tamaño y un aspecto impresionante.

- ¿Por qué lo has traído aquí? -gruñó Lluny Flat.

- Me ha seguido. ¿Qué hago? -preguntó «Nan»-. Podría destruirlo, pero no da muestras de agresividad.

- Pues su aspecto no es nada tranquilizador -opinó Roure.

- No hagas caso de su aspecto. Es un robot biónico que simula ser un felino rinocéfalo. En el ordenador que llevará dentro estarán las órdenes sobre lo que debe o no hacer. Habrá que buscar el pulsador para inmovilizarlo. Anda, «Nan», ve a la caja de donde ha salido y busca el folleto de instrucciones que allí habrá dejado el sabio Lotus. Hay que averiguar cómo se para a ese bicho.

- En seguida voy a por los folletos.

«Nan» se alejó. En pantalla iban apareciendo los datos sobre el funcionamiento de la cosmonave y el ordenador comunicó oralmente:

- La temperatura empieza a descender.

- ¡Ufl -suspiró Roure, que casi no veía a causa del sudor que cegaba sus ojos y chorreaba alrededor de sus labios.

El deseo de ganar tiempo en aquel largo viaje para alcanzar su objetivo, que era el planeta Torio, antes de que llegara Volfram con sus huestes invasoras y de saqueo, les había colocado en situación de máximo riesgo; pero Lluny Flat había conseguido ejercer el adecuado control, impidiendo que la temperatura siguiera aumentando hasta la explosión y consiguiente desintegración de la cosmonave.

La temperatura fue descendiendo lenta pero progresivamente.

Lluny Flat y Roure se dedicaron a beber agua para compensar la gran sudoración que estaban padeciendo, con la consiguiente debilitación.

El paso por el interior de la niebla cósmica se hacía ahora lento, exasperantemente lento para evitar el fuerte rozamiento que elevaría la temperatura dentro de la cosmonave e incluso limaría la parte exterior del fuselaje.

Muy pocos eran los que habían logrado cruzar la niebla cósmica. Se decía que dentro de ella había grandes rocas ocultas que aguardaban a las cosmonaves para desintegrarlas con la colisión que, inevitablemente, tendría lugar, pues allí, debido a la composición de la niebla, los sensores de detección apenas servían de nada.

Cruzar aquel paraje era confiar en la buena suerte, pues en cualquier instante podía sobrevenir la catástrofe.

«Nan» apareció con un catálogo hecho por computador. Se acercó a la fiera y extendió su mano hasta la boca. Cogió el colmillo derecho de la bestia, aparentemente muy feroz, y se lo dobló. Esta quedó inmóvil.

- Tiene un desconectador muy secreto -observó «Nan» en presencia de Roure.

- Nunca hubiera imaginado que el desconectador fuera uno de los colmillos; claro que, después de todo, es muy ingenioso este

sistema. ¿Quién, temiéndole por su aspecto, se atrevería a meter el dedo en la boca de ese animal?

- Atención, la niebla cósmica se disipa -advirtió la voz femenina del ordenador central de la cosmonave.

El peligro había pasado y, poco a poco, se fue abriendo ante ellos la oscuridad del firmamento repleto de millones de estrellas.

CAPITULO III

Torio era un planeta azul, hermoso ya visto a distancia. Acercándose a él, a simple vista ya se deducía que tenía vida.

- ,No hay satélites artificiales? -preguntó Roure.

- No, esta civilización todavía está muy lejos de enviar al espacio satélites fabricados por ellos. Viven una vida tranquila, según contó el sabio Lotus.

Estaban ávidos de conocer detalles acerca de aquel planeta, en el que se encontrarían con una civilización poco evolucionada.

- Un planeta magnífico, tal como nos lo describió el sabio Lotus.

La computadora les facilitó los datos atmosféricos y de gravedad.

- Un lugar óptimo para vivir -comentó de nuevo Lluny Flat, a la vista de los datos que recibía.

La cosmonave orbitó el planeta Torio buscando la metrópoli que pudiera considerarse capital de la civilización.

- No parece un planeta densamente poblado -opinó Roure.

- Mejor. Los planetas muy poblados crean demasiados problemas. Se agotan los recursos biológicos y ecológicos, las materias primas en general, y acaban en guerras de depredación enmascaradas como guerras patrióticas o de religión.

El sabio Lotus les había dado datos de ubicación de la metrópoli, la cual se hallaba junto a un gran lago rodeado de colinas, un lago inmenso que parecía un mar.

La ciudad estaba constituida por casas pequeñas alrededor de un gran palacio con grandes y hermosos jardines. Un ancho camino o carretera ascendía desde el palacio a la colina más elevada, desde la que podía dominarse todo.

Otros caminos o carreteras subían a la cumbre por distintos lados, partiendo de la pequeña agrupación de pequeñas casas.

- Ese debe ser su templo -señaló Roure.

- Sí. Daremos unas vueltas en círculo sobre la metrópoli para ser vistos, y luego buscaremos un lugar para la toma de contacto que quede alejado de la ciudad.

Escogieron una especie de pequeño desierto rocoso que no estaría a más de cien kilómetros de la metrópoli del imperio.

- Tengo la impresión de que es una civilización muy atrasada -opinó Roure.

- No se debería decir atrasada, porque eso implica compararla con otra adelantada dentro del mismo período de evolución. Más bien podríamos decir que ha tenido poco tiempo para evolucionar.

- ¿Vamos a ir los dos?

- Sí.

- ¿Y la cosmonave?

- Dejaremos al androide «Nan» como vigilante.

- ¿Crees que podrá resolver problemas, si aparecen?

- Seguro, no va a dejar acercarse a nadie a menos de cinco kilómetros. Pondrá en marcha la barrera electromagnética que rodeará la cosmonave.

- ¿Y los regalos del sabio Lotus para el emperador de esta civilización?

- En su momento ya los sacaremos de la bodega.

Se dirigieron al pequeño hangar que poseía la cosmonave Fura, cuyo casco brillaba espectacularmente al reflejar la luz de la estrella-sol que iluminaba y daba vida al planeta Torio. La cosmonave había sufrido una especie de pulimentación en el fuerte rozamiento con las partículas en suspensión.

Lluny Flat poseía un aerodeslizador, era de color rojo y muy aerodinámico para poder desplazarse a gran velocidad en atmósferas densas.

Subieron a él y la puerta del hangar se abrió para dejarles paso. Se alejaron de la cosmonave y viajaron en dirección a la metrópoli.

- ¿No encontraremos hostilidad?

- No lo sé, esperemos que no. Venimos en son de paz y para ayudarles, aunque no les traemos muy buenas noticias.

Buscaron una carretera y circularon por ella, dándose cuenta de que aquellos seres ni siquiera poseían vehículos a motor de explosión.

Utilizaban extraños caballos, grandes y lentos, pero parecían tener mucha fuerza en sus músculos.

Los seres de Torio les vieron pasar, asustándose, pero como el aerodeslizador pasaba como una exhalación junto o entre ellos, nada ocurría que luego pudiera lamentarse.

- Me temo que esta gente no está acostumbrada a ver vehículos como éste.

- No -admitió Lluny Flat-. Debíamos haber escogido otro camino.

Entraron en los suburbios de la metrópoli, que se veían muy limpios; no había basureros ni rótulos publicitarios. Había tranquilidad, sosiego.

- ¿De qué vivirán estas gentes? -preguntó Roure. -Supongo que de la agricultura y algo de minería.

- Si Volfram les ataca, estarán perdidos; no parece que puedan tener armas adecuadas. A lo sumo que llegarán es a lanzar pedruscos con catapultas. No creo que hayan inventado ya el cañón.

- Ni falta que les hace -gruñó Lluny Flat.

- Pues sí les haría falta para enfrentarse a Volfram y sus secuaces.

- ¿Qué crees que harían con cañones primitivos contra cosmonaves que pueden arrasar ciudades enteras desde más de doscientos kilómetros de altura si lo desean?

- Sí, eso es cierto, nada podrían hacer.

Las casas que se hallaban más cerca de los muros que rodeaban los jardines de palacio, parecían más ricas, más grandes, pero no eran más altas.

No fue difícil encontrar el camino de palacio.

Lluny Flat condujo su vehículo por la gran avenida bordeada por una triple hilera de árboles a cada lado, de tal modo que apenas podían verse las casas a derecha e izquierda.

Roure comentó:

- Se diría que viajamos por amplios jardines.

- Me gusta este lugar -opinó a su vez Lluny Flat-. Parece hecho a escala humana.

- Faltará ver cómo vive la gente aquí, si unos se someten a otros como ocurre en todas partes.

Una amplísima puerta apareció ante ellos, totalmente abierta. No había allí guardianes de clase alguna, hombres o mujeres con

vistosos uniformes que trataran de enmascarar que iban armados para cortar el paso de las gentes en una dirección u otra.

Se internaron por la gran avenida de los jardines de palacio. Allí la vegetación era aún más exuberante.

Flores grandes como cabezas humanas, llenas de color, pendían de los árboles. Varios cérvidos pastaban sin miedo entre aquellos árboles. Alzaron sus grandes ojos para mirarles, sin demostrar ningún temor.

- Aquí se respira paz.

Vieron pasar a varias comitivas en dirección a la ciudad, protegiéndose con sombrillas multicolores. Eran hombres y mujeres vestidos con largas túnicas de colores intensos. Rebasaron a otros cortejos que parecían avanzar hacia palacio.

- Esto está muy tranquilo -observó Roure.

- Sí, no es como esos palacios que están llenos de armas y aerodeslizadores blindados encañonando a los visitantes y obligando a éstos a medir todos sus movimientos.

- ¿Qué ocurre, Lluny, acaso hemos tomado contacto con el paraíso?

- No lo sé, Roure, pero el paraíso está allá donde menos piensas que vas a encontrarlo.

- A mí esta gente me está pareciendo muy pacífica.

- A mí también, esperemos que siempre sean así.

La fachada del palacio imperial impresionaba. Parecía hecha de granito entremezclado de distintos colores. Una amplísima escalinata conducía a la puerta central.

El aerodeslizador ascendió por la escalinata sin tocarla y se detuvo frente a la gran puerta de palacio.

- ¿Qué pasará ahora? No tenemos permiso ni hemos avisado de que veníamos.

Lluny abrió la portezuela del aerodeslizador y le respondió:

- Diremos sencillamente que queremos hablar con el emperador Onion.

- Me veo encerrado en las mazmorras de palacio, y luego vendrán los problemas de las explicaciones.

Nadie se acercó para curiosear de cerca el aerodeslizador.

Había seres que subían por las escalinatas y otros que descendían con toda normalidad, embutidos en sus túnicas. Parecía

fácil distinguir a los hombres de las mujeres, pues los primeros llevaban la cabeza totalmente limpia de cabellos y en cambio, las mujeres lucían larga cabellera de distintos colores.

Como si fueran unos ciudadanos o súbditos más de aquel imperio, los dos cosmonautas terrícolas subieron la escalinata y entraron por la gran puerta del palacio, notando de inmediato la grandiosidad de sus paredes, de sus techos policromados.

Había gente. Sus presencia suscitó algunos cuchicheos, pero no vieron guardias de clase alguna y sí un mostrador circular de madera al que se acercaban los que entraban y los que salían, sin que nadie les dijera que debían hacerlo.

- Creo que hemos de ir a esa especie de conserjería, para informarnos.

Roure, dubitativo, inquirió:

- ¿Dónde estará la guardia?

- Lo ignoro.

Se acercaron al mostrador de conserjería. Un hombre, que en su cabeza no tenía más pelo que el de las pestañas, les dedicó una mirada complaciente y preguntó después:

- ¿Extranjeros?

- ¿Hablas nuestra lengua? -inquirió Roure, muy sorprendido.

Sé que queréis ver al emperador Onion -contestó aquel informador imperial.

Tras levantarse de su butaca, salió del mostrador redondo, abriendo el círculo por uno de sus puntos.

- Este tipo lee nuestro pensamiento -le dijo Roure a su compañero.

- En esto de leer el pensamiento, los terrícolas estamos algo atrasadillos.

- ¿Sólo los terrícolas?

- Yo diría que la mayoría de los pueblos belicosos carecen de una buena capacidad telepática.

Avanzaron por una amplísima nave donde cabrían unas cuantas docenas de miles de seres, pero en aquellos momentos, estaba casi vacía, agudizándose el efecto de grandiosidad.

Se internaron por un amplio corredor donde tampoco había guardias.

Al fin llegaron a unos jardines interiores llenos de árboles y

arbustos muy cuidados.

- Eh, Lluny, mira allí arriba, sobre aquella roca.

- Es un tigre o lo que sea, como el que fabricó el profesor Lotus.

- Sí, pero no se mueve.

- Debe ser una escultura.

Rodeado de casi dos docenas de pequeños felinos de colores muy llamativos, había un hombre que vestía una túnica dorada cruzada por una banda negra.

Parecía anciano por sus arrugas, pero no abatido ni decrépito. Al verles, les sonrió como dándoles la bienvenida.

Roure rezongó:

- ¿Este hombre será el brazo derecho del emperador?

- Yo diría que es el mismísimo emperador -respondió Lluny.

El emperador estaba muy lejos de mostrar una actitud dominante o soberbia. Aquel hombre, tan carente de pelo en su cabeza como los demás miembros de su pueblo, juntó sus manos a la altura del pecho y les saludó con una inclinación.

- Venís de entre las estrellas, ¿verdad?

- Así es, emperador Onion.

- Por favor, llamadme simplemente Onion.

- No he visto guardias -le observó Roure, perplejo e intrigado a la vez.

- ¿Guardias, para qué? -inquirió el emperador.

Roure se encogió de hombros.

- No sé, para que no te roben, no saqueen este palacio o no te maten.

- Nadie quiere matarme y si hay algún loco que desea matar, nada se podrá hacer y otro será elegido para estar aquí.

Lluny Flat comprendió que la jerarquía de emperador no era tan importante en aquella civilización como en otras.

- ¿Y vuestro ejército? -siguió preguntando Roure.

- El ejército es el pueblo mismo.

- ¿No hay militares?

- No, ¿para qué? Unos hombre, están más preparados que otros debido a su capacidad, pero si llegase el momento de rechazar una hipotética invasión, todo el pueblo unido lucharía contra el invasor. Mientras, ¿para qué tener gente con armas? No, preferimos vivir en paz. Los que quieren consultarme o pedirme algo vienen a palacio,

hablan conmigo o con mis asesores y se resuelven los asuntos. El palacio es de todos, por eso nadie roba.

- Pero, he visto objetos de metales preciosos, jarrones, cuadros, columnas… hay riqueza aquí dentro -objetó Roure.

- He oído contar que existen otros mundos donde los hombres matan por conseguir esos metales preciosos y las joyas para sí. Es muy triste que eso suceda, pero en Torio no es así. Nadie posee nada de esto en sus casas porque, para las gentes de este pueblo, carece de valor. El oro y las piedras preciosas, cuando se encuentran, se ofrecen al palacio y al templo porque son de todos.

- ¿Y qué es lo que tiene valor en vuestro pueblo? -preguntó ahora Lluny Flat.

- El trabajo, el esfuerzo, la cordialidad, el amor entre nosotros. Si gustáis de acompañarme, os mostraré algunas cosas.

Le siguieron entre los jardines. Los pequeños felinos que no eran exactamente gatos pero que se les parecían mucho, quedaron atrás.

El emperador Onion les hizo entrar en una amplísima sala donde estaba el trono del imperio y allí, la abundancia de oro y piedras preciosas deslumbraba. Era como estar dentro de un calidoscopio hecho a base de oro, platino y piedras preciosas.

- ¿Veis? Aquí está todo lo que el pueblo considera hermoso.

- Pero ¿y si entraran a robar? -inquirió Roure, atónito.

- Ya os lo he dicho, todo esto carece de valor en forma particular. Mirad las puertas, están abiertas.

Les condujo hasta ellas pisando sobre un suelo marmóreo, y al otro lado de las puertas les mostró el camino que conducía a la ciudad y por el que ciudadanos de aquel pueblo pacífico iban y venían con tranquilidad, dedicando una reverencia al emperador al encontrarle a su paso.

- ¿Veis a alguien que lo custodie? -preguntó el emperador Onion.

- Es increíble. Cuando lo cuente, no se lo va a creer nadie -dijo Roure.

- Ahora, si me acompañáis, os llevaré al templo.

Pudieron observar que la gente entraba en aquella sala del trono, miraba, comentaba cosas y luego se marchaba sin que nadie tocara nada; es decir, hubo quien dejó algunas cosas en una especie de bandeja, pues como explicó Onion:

- Este no es el palacio del emperador sino del pueblo. El

emperador lo ocupa mientras lo es; luego viene otro y lo ocupa a su vez. Eso es todo.

Por unos senderos ascendentes, (si se prefería se podía escoger escalinatas que también se abrían entre muchas flores, setos y árboles), encontraron una glorieta de mármol, dentro de la cual había una figura extraordinaria que hizo abrir mucho los ojos de Roure.

- Pero, pero si es, es…

- El sabio Lotus -terminó de decir Lluny Flat.

- Sí, es un dios menor; el pueblo de Torio lo aprecia mucho -manifestó el emperador.

Se acercaron al templete o glorieta de mármol blanco. La figura del sabio Lotus estaba cincelada en granito negro y perfectamente pulida.

- Y está a tamaño natural -observó de nuevo Roure.

- Es un gigante -dijo Onion- y nos ha hecho algunos favores. No es norma de nuestro pueblo pedir algo a los dioses.

- Si no les piden nada a los dioses -objetó Roure-, ¿para qué los quieren? Todas las civilizaciones que poseen religiones arraigadas piden cosas a sus dioses; cuando menos su protección.

- Todas, no -corrigió Lluny Flat.

El emperador Onion explicó:

- A los dioses los tenemos para tomarlos como ejemplo. Conocemos su comportamiento, su sabiduría y tratamos de igualarles en lo bueno, porque también hay dioses malignos, pero nada se les pide. En realidad, por lo que leo en vuestro pensamiento, no tenemos el mismo concepto de la palabra «dios».

Roure declaró:

- Yo no creo en ningún dios.

- No crees, pero conoces a quienes creen y las circunstancias de ellos son las tuyas -respondió Onion-. Nosotros les tenemos una respetuosa veneración, pero no adoración. En realidad, nuestros dioses han sido siempre mortales, conocemos su vida y deseamos ser como ellos.

- Pero, habrá un dios supremo -le objetó Roure.

- Ese dios, en vuestro lenguaje, se llamaría Universo, y nosotros somos una ínfima partícula de ese universo.

Dejaron de admirar la estatua de tamaño natural del sabio Lotus

y prosiguieron la ascensión hasta el gran templo que era circular y sin puertas, pues poseía cuatro columnas que sostenían una cúpula con ocho radios que descansaban sobre un aro de metal el cual, a su vez, era sostenido por las cuatro columnas. La cúpula, salvo los ocho radios, era de grueso cristal.

Allí estaban los dioses, hombres y mujeres inmortalizados en bellas estatuas de oro macizo colocadas sobre pilares repletos de pedrería que cegaba por su brillo.

- Esto es maravilloso.

- Dios está arriba, en la clave; es ese eje que une los ocho radios de la bóveda.

- Dios mío, si el eje es, es…

- Un diamante rojo -puntualizó el emperador Onion-. Es el más grande jamás hallado en todo el planeta, tiene más de diez mil quilates. El propio sabio Lotus, al que sin duda conocéis bien, nos dijo que jamás había visto un brillante semejante en tamaño, color ni belleza. Sabido es que los diamantes, generalmente, son incoloros, pero hay rarezas de color que si son puros y transparentes, resultan más preciosos.

- ¿Y quién,quién lo puso ahí? -preguntó Roure.

- Hace cinco mil años lo puso un emperador.

- ¿Ha estado cinco mil años ahí arriba, sin guardias que impidan que alguien trate de llevárselo?

Ante la pregunta de Roure, que expresaba toda su extrañeza, el emperador aclaró:

- Nadie tiene por qué llevárselo. La luz de nuestro sol se filtra por este diamante y entonces, la luz rojiza refleja sobre las cabezas de los dioses. A decir verdad, hay otro diamante igual que es hermano de éste.

- ¿Fue robado? -inquirió Roure.

Lluny Flat le fulminó con la mirada.

- No, aquí nadie roba nada, ya os he dicho que esto no tiene valor en forma particular. Todo es del pueblo y para el pueblo. Cualquiera puede venir aquí y disfrutar de esta belleza. ¿Qué bien podría reportarle a nadie complacerse él solo con el brillo de esa luz rojiza, impidiendo que otros hermanos suyos puedan verlo? Eso sería maldad, ¿no es cierto?

- Y el otro diamante, ¿dónde está? -inquirió Roure.

Lluny Flat se apresuró a decir:

- No nos interesa saberlo.

El emperador Onion parecía el hombre más bueno e ingenuo del universo.

- Está en la mansión de las sibilas.

- ¿Las sibilas? -repitió Roure.

El emperador explicó:

- Ellas leen nuestro porvenir en las estrellas, en el universo que somos todos y es nuestro gran dios al mismo tiempo.

- ¿Son las adivinadoras de palacio?

- Podría decirse que sí, pero a ellas acude cualquier ciudadano de Torio para consultarlas. Basta que lleve una ofrenda de su trabajo.

- ¿Ofrenda de su trabajo? ¿Dinero, quiere decir?

- No, nunca dinero que sirve para ajustar mejor los trueques, sino animales que una vez sacrificados sirven de alimento, vegetales y minerales como la sal o plantas que curan enfermedades.

- Un momento, un momento… Podría hacerle una pregunta un poco, un poco…? -insinuó Roure.

- Vamos, haz esa pregunta -aceptó el emperador.

- Pues, pues, ¿no se podría vender todo esto para mejorar la vida del pueblo?

- ¿Venderlo, a quién? -se echó a reír-. Ya os he dicho que todo esto carece de valor, nadie podría comprarlo. No se come y tampoco sirve para que los hogares sean confortables. La belleza es para todos.

- Pero quizás algunas personas de tu pueblo, porque sean ancianas o enfermas, necesiten más ayuda.

- Y la tienen. No hay hambre en el pueblo de Torio ni lo que vosotros llamáis mendigos.

- Entonces, ¡esto es el paraíso! -exclamó Roure, abriendo los brazos como para abarcar cuanto había en derredor.

- ¿El paraíso? No, esto es simplemente una civilización levantada por unos seres que se aman los unos a los otros y también amamos la paz.

- ¿Has oído todo esto, Lluny?

- Sí, y es prodigioso. Y yo que creía que todo el universo estaba podrido… -suspiró.

En aquellos momentos, la luz de la estrella-sol que daba vida al planeta Torio incidía en el grandioso diamante rojo tallado en ochenta y ocho facetas, y la luz roja se esparcía nimbando las estatuas de los que ellos llamaban dioses y que no habían sido otra cosa que seres de vida ejemplar dentro de su civilización.

- Onion, estuvimos con el sabio Lotus.

- Lo he leído en vuestras mentes, y creo que venís a traernos malas noticias; por eso trato de moderar mi pesar.

- El sabio Lotus nos llamó y nos pidió que os trajéramos la noticia de que ibais a ser invadidos y saqueados por unos seres del espacio.

- El sabio Lotus es un ser de gran visión del universo. Le pedimos que se quedara entre nosotros, pero prefirió marcharse con su asteroide Errabund a recorrer los espacios infinitos que hay entre las estrellas.

Lluny Flat pensó que iba a resultar difícil hablarles a aquellos seres de cuestiones de tecnología espacial y captación de teleinformaciones.

- El sabio Lotus nos pidió os dijéramos que debíais poneros en guardia y defenderos contra esos seres abyectos que os atacarán y saquearán. También nos pidió que os ayudáramos en lo posible.

- Nosotros no pedimos ayuda a nadie -puntualizó Onion-. Como pueblo sobrevivimos por nosotros mismos; así ha sido la historia de Torio hasta hoy, y así continuará siendo.

- Pero seréis arrasados por Volfram y sus huestes -exclamó Lluny Flat.

- ¿Por qué ha de querer verter nuestra sangre ese Volfram?

- Para llevarse cuanto tenéis aquí de valor, como ese diamante, por ejemplo -señaló el techo- y además, porque es un ser despreciable y maligno.

- El planeta sólo puede ser invadido en una parte, no todo. Terminarán por marcharse y dejarnos en paz.

- Debéis tomar vuestras medidas de precaución -insistió Lluny Flat-. Cierto que no tenéis armas para replicar a Volfram y sus huestes, mientras ellos vienen en cosmonaves de guerra. Sin que lleguéis a verlos pueden fundir este templo y reducirlo a cenizas.

- El templo resurgirá -respondió Onion sin perder la calma.

- Pero lo habréis perdido, todo lo que hay aquí desaparecerá -le

dijo Roure-. El oro, las piedras preciosas, las estatuas…

- Quizás dentro de cinco mil años todo vuelva a estar como ahora. No será una pérdida tan importante, después de todo.

Roure se quedó mirando a Lluny Flat sin poder disimular su profundo desconcierto.

- Onion, tenemos que regresar a nuestra cosmonave.

- ¿Vuestro carro que viaja entre las estrellas?

- Sí.

- Bien, pero antes quiero dar una fiesta en vuestro honor por haber venido y más por ser enviados del sabio Lotus, que es un gran amigo de nuestro pueblo.

- Hemos de entregarte los regalos que el sabio Lotus nos ha dado para ti.

- Entonces, marchad y mañana al anochecer os estaremos esperando en palacio. Perdonad que no os acompañe; haré un rato de meditación aquí entre los dioses. Vosotros no tenéis pérdida; seguid siempre camino abajo.

Los terrícolas miraron entonces en derredor. Podía verse la gran ciudad, capital de Torio, que aparecía blanca y hermosa, tranquila y limpia bajo un cielo sin contaminación alguna.

- Vamos, Roure, el aerodeslizador nos espera.

Comenzaron a descender las amplísimas escalinatas rodeadas de esculturas que representaban un sinfín de animales que debían ser los propios de aquel planeta.

CAPITULO IV

- ¿Crees que el remolque podrá con todo? -preguntó Roure, mirando el remolque con ruedas que se hallaba excesivamente cargado.

- Espero que no habrá problemas, el aerodeslizador es muy potente. Lo que no podremos es alcanzar una fuerte velocidad para evitar un estúpido vuelco que nos deje sin los regalos que hemos de entregar al emperador de parte del sabio Lotus.

- Oye. Lluny, ¿tú crees que esa gente de aquí, los torio, son tal como el emperador nos ha contado?

- ¿Y por qué no habrían de serio?

Roure se pasó la mano por el rostro como si apartara un velo que le impedía ver con claridad.

- Es que me parece imposible que haya seres como ellos.

- No todo iba a ser detestable en el universo. Los torio tienen su propia filosofía de la vida y la llevan adelante; lo malo es que hay quienes desean molestarles.

- Es que con cuanto tienen allí en el palacio y en el templo, parece increíble que no hayan sido robados aún. No tienen guardias ni ejército, son un pueblo indefenso y yo diría que ingenuo también, ¿no crees?

- Indefensos sí me lo parecen, pero ingenuos, no tanto.

- Es que con este sistema de vida no van a llegar a ninguna parte.

- ¿Y adónde crees tú que han de llegar?

- No sé, pero no parece que les preocupe mucho la evolución tecnológica.

- Será porque no tienen los mismos objetivos que nuestras civilizaciones. Ellos viven bien así. Evolucionan más lentamente, pero en paz y sin machacar ni hacer sufrir a las generaciones que

han de sucederse hasta que se desarrollen lo suficiente para saltar al espacio. Ellos, por lo menos, dejarán a las generaciones venideras un planeta limpio, sin contaminación y sin desertizar, como en tantas civilizaciones ha ocurrido. En nuestro planeta Tierra murieron muchos cientos de millones de seres humanos debido a las contaminaciones catastróficas que empezaron con las fugas de las termonucleares y las fábricas de gases venenosos, provocando los más grandes desastres en cadena que conoció nuestro planeta, y sólo faltó la guerra nuclear y neutrónica. Esperemos que otras civilizaciones no caigan en las mismas aberraciones que cometimos los terrícolas.

- De todos modos, me cuesta creer que el paraíso exista.

- El paraíso existe en todas partes, Roure; basta que nosotros queramos que sea el paraíso lo que nos rodea. Es nuestra actitud frente a la vida y frente a los demás lo que convierte el paraíso en mil infiernos.

- Toda la carga está fijada con anclajes -anunció el androide «Nan».

- Bien, pues nos pondremos en marcha -decidió Lluny Flat.

- ¿Qué hago? Solicito órdenes -pidió el pequeño androide.

- Tú te quedas en la cosmonave, vigilándola. No dejes que nadie entre en ella.

- Cumpliré órdenes -aceptó «Nan» con su voz grave-. ¿A qué nivel he de emplear el sistema defensivo?

- Si alguien ataca, a todo el nivel destructor, no obstante, consulta antes por el telecomunicador y yo ya te daré las órdenes oportunas.

Lluny Flat y Roure subieron al aerodeslizador que tenía enganchado detrás el remolque con todas las cajas.

- Bien, veremos si le gustan a esta gente los juguetes del sabio Lotus.

Se pusieron en marcha. El aerodeslizador se elevó casi un metro del suelo, pero el remolque dejó bien marchadas las huellas de sus neumáticos en la tierra polvorienta.

- Hay que evitar las pequeñas rocas o volcaremos -advirtió Roure.

- Eso pienso hacer.

La tarde moría y la estrella-sol descendía a la derecha del

aerodeslizador.

- Mira, una de las grandes lunas ya se deja ver -señaló Lluny Flat.

- A mí me gustan los planetas que tienen varias lunas naturales y que sean grandes. De esta manera, casi nunca es noche oscura.

- ¿Sabías que en los planetas donde hay varias lunas grandes las plantas crecen más?

- Sí, eso lo aprendí en el grado medio y también que los oleajes son más fuertes.

- Eso crea más tempestades marinas, y resulta más peligroso vivir junto a las orillas de los océanos.

- Por eso esta capital está junto a un gran lago y no junto al océano.

Cuando llegaron a la metrópoli, había anochecido. Todas las casas aparecían iluminadas, pero no se veía a nadie asomándose a las ventanas ni en las calles.

En el cielo lucían dos hermosas lunas, ambas casi en plenilunio. A través del ventilador del aerodeslizador, se filtraba la fragancia de las flores nocturnas que se abrían en parques y jardines, flores muy grandes que pendían de los árboles.

- Creo que sí alguna vez me retiro de la agitada vida de cosmonauta y de viajar entre las estrellas, me vendré a este planeta… si es que los que aquí viven me lo permiten -manifestó Lluny Flat.

- Me temo que cuando Volfram pase con sus huestes, ya no va a oler igual ni será tan vistoso. Por lo que yo sé, Volfram posee armas muy destructoras; arrasará las ciudades y los bosques. Va a dejar todo esto destruido. Ni los que aquí sobrevivan lo van a reconocer.

- Lo malo es que no podemos avisar a las fuerzas milicianas de la Confederación para que detengan a Volfram y sus huestes y lo derroten de una vez por todas.

- Las fuerzas milicianas de la Confederación Galáctica están muy lejos y dispersas. Cuando llegaran aquí, el planeta ya estaría calcinado y hasta tendría tiempo de haberse enfriado. Además, ya sabes que en la asamblea de la Confederación Galáctica los problemas se eternizan y es difícil llegar a un acuerdo, máxime cuando el problema a resolver no les afecta directamente.

Enfilaron la gran avenida que conducía al palacio imperial, que

en realidad era el palacio del pueblo.

El emperador era unificador y consejero, pero no podía ejercer fuerza de armas contra los ciudadanos de Torio, simplemente porque no había agentes armados.

La larga avenida de los jardines, ya dentro del recinto palaciego estaba iluminada por faroles de gas, y comenzaron a ver la muchedumbre.

- Eh, ¿qué pasa aquí? -rezongó Roure, al ver a tanta gente que se apartaba para dejarles paso.

- Me temo que nos preparan un recibimiento -expresó Lluny Flat.

- No me digas que todos están aquí por nosotros…

- Pudiera ser.

Cuando llegaron a la gran explanada frente a las escalinatas de palacio, todavía vieron a más gente congregada allí. Sin molestarse los unos a los otros, estaban por decenas de millares.

- Prepárate a recibir honores a lo grande, Roure.

- Me voy a poner colorado.

- Piensa que nos envía el sabio Lotus y para ellos, Lotus es un semidiós; le han levantado hasta un monumento.

Descendieron del aerodeslizador que se detuvo frente a las escalinatas para no hacer subir por ellas al remolque que hubiera corrido el riesgo de volcar y estropear la preciosa carga, y quedaron atónitos al oír trompetas y luego música, mucha música que llenó la noche.

No menos de quinientos músicos, repartidos en cinco orquestas, estaban tocando algo grandioso que exaltaba los sentidos y llenaba el espíritu de felicidad.

- Esto es como si hubiéramos ganado una gran batalla y nos fueran a condecorar.

- Si no hemos hecho nada…

- Pues mira, hemos caído bien. Da gusto tener amigos que son tan estimados.

- ¿Qué hacemos?

- Creo que lo mejor será desembalar los regalos.

- ¿No esperamos a ver al emperador Onion?

- No. Hay que romper los embalajes y que vean lo que traemos.

Utilizando sus pistolas, rompieron los embalajes bajo las miradas atentas de los seres de la civilización de Torio.

Aparecieron aquellos tigres rinocéfalos, los cuales provocaron algo de miedo a los ciudadanos de Torio, que se echaron atrás.

El sabio Lotus había construido robots animaloides que lo mismo imitaban a los tigres rinocéfalos que a las grandes aves psitacidas deslumbrantes de color.

- Creo que el sabio Lotus se ha excedido construyendo tanto animalejo -objetó Roure.

- No sabemos si serán bien recibidos o no. Nosotros traemos lo que nos dieron, eso es todo.

Acarició al falso tigre y su actitud tranquilizó a las gentes allí reunidas.

- Bien, ya tenemos a los animalitos; ahora subamos las escalinatas.

Rodeados por el pequeño zoo electro-bio-mecánico, ascendieron las escaleras. La música seguía sonando.

Llegaron hasta la entrada de palacio. Dentro de la gran sala había aún más gente que les esperaba y saludaba con inclinaciones de cabeza.

Aparecieron unos servidores de palacio vestidos con túnicas de color naranja que les condujeron hasta el salón del trono imperial, donde también había mucha gente.

El emperador estaba sentado en el trono de oro, pero él no vestía otra cosa que aquella túnica de lona dorada con una banda negra cruzándole el cuerpo, banda que le distinguía como emperador.

Onion sonrió al ver a los falsos animales. Abandonó el trono y se dirigió hacia los recién llegados con los brazos abiertos.

- El sabio Lotus nos encargó que trajéramos estos animales.

- Mi pueblo los recibirá con mucho gusto.

Lluny Flat le entregó un aparato de control a distancia que cabía en la mano del emperador Onion.

- Con esto podrás controlarlos.

- ¿No habrá ningún peligro? -preguntó el emperador.

- Ninguno, ya te enseñaré su manejo.

Lluny Flat tomó de nuevo el controlador de los falsos animales, que ofrecían el aspecto de seres reales. Tocó los botones adecuados y los animales comenzaron a moverse con aire alegre.

Las aves volaron en círculo, gritaron, y los tigres rugieron y

fueron a tenderse a los pies del emperador.

- ¿Sabéis por qué el sabio Lotus nos regala estos animales?

- Pues no, suponemos que ha deseado complacerte.

- Estos animales desaparecieron hace tiempo de nuestro planeta por la caída de un gran meteoro y las catástrofes que siguieron a ese desastre.

- Bien, no son reales, como sabréis -advirtió Lluny Flat-. Son como grandes juguetes, muy perfectos y de larguísima duración.

Aquellos juguetes que semejaban animales auténticos, hasta el punto de que podían confundirse totalmente con ellos, evolucionaron y gustaron a todos los presentes, que expresaron su admiración con una especie de sonido vocal prolongado.

- Oooooooouuuuuuu!

El propio emperador Onion les condujo a los jardines donde se habían instalado centenares de mesas que fueron siendo ocupadas siempre con el fondo musical que ofrecían las orquestas.

Se sentaron a la derecha del emperador. A la izquierda se puso una mujer todavía hermosa que era la esposa de Onion. También asistieron hijos e hijas y los consejeros del imperio, pero había cientos de mesas y miles de servidores repartiendo comida en aquella gran cena celebrada en honor de los terrícolas.

- ¿No hay carne? -preguntó Roure.

- No, no comemos animales del suelo, sólo peces -aclaró el emperador Onion.

Les sirvieron vegetales, frutos secos azucarados y también salados y distintos peces, todo en gran cantidad y diferente cocinado, de tal manera que fue una cena inolvidable.

- Seguramente son tan tranquilos porque no comen carne -opinó Roure.

- Mañana saldremos a visitar a las sibilas -anunció el emperador Onion, volviéndose hacia Lluny Flat y su compañero.

- ¿A las sibilas?

- Sí, me ha preocupado mucho lo que me dijisteis acerca de que seríamos atacados y saqueados. He consultado con los consejeros del imperio y es malo, muy malo lo que habéis venido a anunciarnos; por eso será bueno consultar a las sibilas.

Aquella noche durmieron en palacio en dos literas dentro de una misma habitación.

Roure preguntó a Lluny Flat:

- ¿Crees que esas adivinadoras del porvenir podrán decirles algo más de lo que nosotros ya les hemos dicho?

- No sé, son muchos los pueblos que consultan a sus sabios o adivinos. Es cierto que ha habido mucha superchería a lo largo de la historia de todas las civilizaciones, pero también ha habido verdades. No se ha podido explicar jamás por ciencia alguna, pero hay seres humanos capaces de predecir el futuro, y es lógico que Onion y sus consejeros deseen consultar a sus adivinadoras.

- De todos modos, creo que será divertido presenciar una ceremonia de adivinación.

- Yo creería más en esta gente. Son un pueblo pacífico; eso quiere decir que han tomado siempre sus medidas para seguir viviendo en paz.

- Ha sido así porque otras civilizaciones no se han enterado de las riquezas que esta gente guarda en su palacio y en sus templos.

- Parece ser que Volfram sí se ha enterado -replicó Lluny Flat-. Ahora, a ver si me dejas dormir. Creo que mañana tenemos un largo viaje que hacer.

- Oye, antes de dormir, ¿puedo preguntarte algo?

- Adelante -replicó Lluny con voz cansada.

- Esas sibilas, ¿serán brujas con verrugas en la nariz? En los antiguos vídeos sobre brujería las pintaban así.

- Vete al infierno -fue la réplica de Lluny Flat, y el silencio les envolvió.

Al poco, sólo se oía el rumor de su respiración.

Lo que ellos ignoraban es que en aquellos momentos, Volfram, en su cosmonave insignia y rodeado de las cosmonaves de guerra que componían su pequeño pero mortífero ejército, avanzaban junto a la gran niebla cósmica, dando un rodeo a la misma para no perderse dentro de ella.

CAPITULO V

A la mañana siguiente, unos servidores de palacio les comunicaron que tenían que encontrarse con el emperador en el embarcadero.

- ¿Vamos a ir por el lago? -preguntó Roure.

- Sí, en un barco imperial -aclaró el servidor.

- En ese caso, llevaremos nuestro aerodeslizador a bordo.

Nadie puso objeciones. Subieron al aerodeslizador y se dirigieron lentamente hacia el puerto de la ciudad.

- ¿Sabes que los vinos o lo que fuera que nos ofrecieron en la cena eran tan agradables como fuertes?

- Sí, muy ricos. Fue una cena muy densa, pero he dormido perfectamente.

- Esta gente sabe lo que es una buena cocina. ¡Qué diferencia con lo que nosotros solemos comer! ¿Tú crees que ellos comerán siempre tan opíparamente?

- No sé, creo que la cena fue excepcional, pero no me extrañaría que siempre comieran bien.

- Pues, tendremos que quedarnos un tiempo más aquí para reponernos. No se nos va a presentar otra ocasión semejante.

- Es posible -admitió Roure-. Mira, ahí están los muelles.

No fue difícil encontrar el barco imperial, que se distinguía por sus gallardetes. Era un barco de vela y tenía tres mástiles. Resultaba quizás demasiado ancho de manga para ser buen marinero, pero los seres de Torio no parecían tener mucha prisa para nada.

El emperador les saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

- Nos gustaría llevarnos nuestro vehículo -dijo Lluny Flat.

- No habrá problema, lo pondremos en cubierta.

Con una grúa móvil y utilizando una gran red de cuerdas, izaron

el aerodeslizador que fue depositado en la cubierta de aquella nave de vela que poco después partía hacia aguas abiertas.

- ¿Te has fijado, Roure?

- ¿En qué?

- Pues, que no tenían las velas desplegadas y, sin embargo, han salido del puerto.

- Es cierto, y no llevan remos. ¿Tendrán algún motor?

- No lo sé.

- Ya se lo preguntaré al emperador Onion.

- ¿Qué ibais a preguntarme? -inquirió a su vez el emperador Onion, apareciendo por detrás de ellos.

- ¿Cómo han podido sacar este barco de los muelles sin haber desplegado las velas?

- Llevamos a bordo tres magos con grandes poderes mentales. Ellos han hecho que el barco saliera sin desplegar las velas.

- No me diga que mueven esta nave con el simple poder de la mente…

Roure se resistía a creerlo, pero Lluny Flat no hizo objeciones.

Luego, a solas, Roure comentó con su compañero:

- Este hombre intenta tomarnos el pelo. ¿Cómo van a mover un barco con la mente?

- ¿Qué dirías si te contara que el sabio Lotus gobierna su asteroide supuestamente errante con el poder de su mente?

- No es posible.

- Hay demasiadas cosas imposibles para ti y también para mí, pero…

Roure quedó perplejo, pero no convencido de cuanto le habían dicho.

Pese a ser un lago, sus aguas resultaron muy movidas y hasta el anochecer no arribaron a una pequeña isla que se hallaba en medio del lago.

Era una isla que tenía en su centro una elevada montaña que parecía de roca y estaba horadada en muchos de sus lados. Había grandes manchas de color por todas partes.

En el muelle no les esperaba nadie, pero de la bodega del barco hicieron salir diez caballos de silla muy hermosos.

- Tomemos los caballos -indicó el emperador-. Dos son para vosotros.

La comitiva, pese a ser de noche, inició el avance hacia la montaña que parecía el eje o centro de aquella isla iluminada por las dos lunas.

- Esta es la isla de los oráculos -les participó Onion.

- Es una bella isla -opinó Lluny Flat.

- Existen otros y otras adivinadoras en el imperio, pero las sibilas dedican sus oráculos con preferencia a las cuestiones que afectan al gobierno.

La montaña, que podía ser de origen volcánico, emergía en el centro de la isla de forma muy visible, casi espectacular.

El camino fue un paseo hasta que llegaron al pie de la montaña. Entonces los caballos tuvieron que ascender por un sendero pegado a las paredes de la montaña muy peligroso, pues la altura de los precipicios cada vez era mayor.

Algunas pequeñas rocas, empujadas por los cascos de las monturas, rodaron por el acantilado, y fue como una advertencia de lo que podía sucederles si resbalaban, pero los caballos parecían conocer muy bien aquel camino.

El peligroso sendero les condujo a una explanada natural limitada por el abismo. Allí no había barandas de protección. Todo era muy agreste. A su izquierda destacaba una gran entrada de gruta por la que hubieran podido pasar a caballo y de tres en tres sin problemas. Aquel lugar imponía por su belleza natural, incluso por su hostilidad.

Vista a cierta distancia, la entrada de la gruta, con el resto de la montaña que tenía continuación hacia lo alto, daba la sensación de ser un espectacular templo.

- Dejemos aquí los caballos -dijo el emperador Onion.

Uno de los viajeros se hizo cargo de los bellos corceles. Después, todos a pie, se internaron en la gruta. Tuvieron que avanzar algo más de doscientos pasos por un corredor hasta llegar a una inmensa sala en cuyo centro había una espectacular hoguera, como si brotara del interior de un ancho pozo repleto de líquido combustible. La combustión era casi perfecta; apenas salía humo, sólo grandes llamas rojoazuladas que expandían luz y calor en derredor.

Se detuvieron. El calor que irradiaba la hoguera era intenso y obligaba a mantenerse a cierta distancia de ella. Era como si las

entrañas de aquella montaña se hicieran notar en forma de lenguas de fuego.

- ¡Daurada! -gritó el emperador Onion.

Su llamada halló ecos en las oquedades de la enorme gruta y el nombre de Daurada semejó repetirse hasta el infinito. Por una galería que estaba a una altura superior al nivel que ellos ocupaban, aparecieron varias mujeres entre las que destacaba una vestida de rojo desde el cuello hasta los pies.

- Emperador, os estábamos esperando, sabíamos de vuestra llegada.

- Daurada, soy el emperador, represento a todo el pueblo de Torio y traigo para ti y tus discípulos los animales para el sacrificio.

- ¿Qué es lo que te preocupa, Onion? -inquirió la sibila que era como la suma sacerdotisa de aquel extraño templo natural que era una montaña llena de grutas, eco y fuego.

- Tenemos noticias de que unos guerreros que viajan por entre las estrellas vienen a atacarnos. ¿Qué puedes decir tú de nuestro futuro?

- Deja a los animales para ser sacrificados en el ocaso y ahora, veremos qué será de nosotros, si esas noticias que te han llegado son ciertas.

Los terrícolas observaban no sólo a la sibila sino a sus discípulas, seis mujeres jóvenes y muy hermosas todas ellas. Lluny Flat se fijó especialmente en una de ellas que era algo más alta que las otras. Sus cabellos tenían el color del fuego vivo y sus ojos brillaban intensos pese a la distancia que les separaba.

Pudieron ver cómo las discípulas llevaban unas bandejas con polvos de diferentes colores que de lejos no se podían apreciar bien.

Daurada tomó puñados de aquellos polvos que podían ser tierras o semillas molidas. Las arrojaba al fuego que chisporroteaba y entre las lenguas rojoazuladas se alzaban otras llamas blanquísimas, cegadoras.

De pronto, la sibila Daurada lanzó un larguísimo y desgarrador grito que se multiplicó en los infinitos ecos de aquella sala. Cuando terminaron los ecos de su voz, comenzaron a oírse distintos tipos de ruidos, de tal forma que semejaban una extraña sinfonía telúrica que aumentó de volumen hasta hacerse ensordecedora.

De pronto, la gran sibila comenzó a levitar, separándose de sus

discípulas que vestían túnicas blancas. Ante los ojos asombrados de los terrícolas, se desplazó en horizontal, girando alrededor de la hoguera.

- Lluny, vuela… -musitó Roure, atónito.

- Eso parece.

- No es posible, no tiene alas.

- Para la ciencia conocida hay demasiadas cosas imposibles; lo malo es que luego ocurren, como ahora.

- Debe estar colgada de algún cable que no vemos -cuchicheó Roure.

- No hay ningún cable, esa mujer vuela. Yo, por lo menos, así lo veo y lo creo.

Era extraordinario verla volar alrededor del fuego. Súbitamente apareció un rayo de luz roja vivísima, que partía del techo de la sala, un techo negro y lejano.

El rayo de luz se rompió después en mil rayos, iluminando la gran sala de las adivinaciones.

- Es el gran diamante, el hermano del que hay en el templo de la ciudad -murmuró Roure al oído de su amigo y compañero.

Daurada no sólo parecía excitar al brillante rojo sobre el que debían incidir los rayos de las dos lunas; también excitaba las piedras del interior de la montaña, consiguiendo aquella sinfonía de luz.

Las llamas comenzaron a crecer en medio de la luz roja que proyectaba el gran diamante y la gran sacerdotisa, volando, se internó en las llamas como si pretendiera bucear en el nacimiento de las mismas.

- Qué horror, se va a abrasar viva.

- ¡Volfraaaaaaam! -comenzó a decir una voz cavernosa y muy grave que más que de una garganta humana parecía nacer del roce de unas piedras contra otras.

- ¡Daurada, quiero saber lo que va a suceder a mi pueblo! -gritó el emperador Onion.

De nuevo, la voz volvió a salir del interior del fuego donde había desaparecido la gran sibila como engullida por las llamas.

- ¡Volfram, Volfram, Volfraaaaam!

Comenzó a formarse una imagen de gran tamaño entre las lenguas de fuego. Era un personaje que vestía capa blanca con forro

carmesí y cubría su cabeza con un yelmo oscuro. Sobre el yelmo aparecían una especie de rayos.

- Es él -musitó Lluny Flat. Cuando el emperador Onion le miró interrogante, lo mismo que los demás, Lluny aclaró-: Ese es Volfram.

- Volfram llegará con su ejército de invasores y saqueadores. Atacarán nuestras ciudades, nacerán ríos de sangre que teñirán los lagos. Muerte y destrucción, muerte y destrucción… ¡Onion, Onion, emperador de Torio, queda poco tiempo para la paz, prepara a tu pueblo para moriiiiiir!

De pronto, entre las llamas, reapareció la gran sibila, regresando del extraño y espectacular vuelo. Sus discípulas la tomaron en brazos como si hubiera quedado exhausta y se la llevaron a través de una de las galerías, desapareciendo por ella.

Salieron de la gruta. Afuera, frente al precipicio, el aire era distinto, no olía a extrañas sustancias quemadas. Lluny Flat se acercó al emperador Onion, al que vio muy preocupado.

- Ella ha confirmado lo que vosotros nos habéis dicho.

- En realidad, a nosotros nos lo dijo el sabio Lotus -puntualizó Lluny Flat.

- Tengo que hablar con todo mi pueblo. Les llevaré el oráculo de la gran sibila Daurada; hemos de empezar a protegernos.

- Tengo que repetiros que no tenéis armas suficientes para enfrentaros a Volfram y sus huestes. Ellos poseen armas muy poderosas.

- Lo sé. El sabio Lotus nos contó cosas y hechos de mundos que nosotros no conocemos ni llegamos a comprender, pero sé que los que venís de entre las estrellas poseéis máquinas de destrucción muy potentes, máquinas que nuestro pueblo no ha ideado jamás y por tanto, nunca ha podido emplear.

- Por eso habéis vivido tanto tiempo en paz -opinó Roure-. Lo malo es que la paz se acaba cuando otro ataca y en este caso, Volfram ha tomado este planeta como objetivo para atacar, invadir y saquear.

- No somos un pueblo guerrero. Si nos enfrentáramos a esos seres que quieren atacarnos, seríamos derrotados.

- Pero habrá que hacer algo -objetó Roure.

- Sí, algo habrá que hacer, y eso lo decidirá el consejo imperial.

Ahora, amigos, vosotros os ofrecisteis a salvar o proteger aquello que tuviéramos en más aprecio.

- Por supuesto -respondió Lluny Flat -y la oferta sigue en pie. Dinos qué es lo que deseas que protejamos o nos llevemos para devolvéroslo cuando Volfram haya abandonado este planeta.

- Nuestras vidas son perecederas, nosotros moriremos y otras generaciones nos sucederán. En cuanto a las riquezas, todo aquello que sea robado, con el tiempo, no importa cuánto, será repuesto.

- Podemos custodiar los brillantes rojos -se ofreció Roure.

- Los brillantes no serán encontrados. Las sibilas pueden morir; protegedlas a ellas.

- ¿Quieres que custodiemos a las sibilas? -preguntó LLuny Flat.

- Sí, ellas son el oráculo permanente.

- Entonces nos quedaremos aquí.

- Como queráis -autorizó Onion.

- Que dejen mi vehículo en el muelle y también los caballos -solicitó LLuny.

- De acuerdo. Os dejaremos alimentos -ofreció el emperador.

- Convendrá que expliques a las sibilas lo que se espera de nosotros -le sugirió Lluny Flat.

- No os preocupéis, ellas son capaces de leer vuestro pensamiento, pues tienen poderes especiales. Cuidadlas, han sido elegidas entre todas las mujeres del imperio. Daurada es ahora la gran sibila y cuando ella desaparezca, una de sus discípulas la sucederá. No podemos perderlas; son una esencia indispensable para nuestro pueblo.

- Si es su deseo, las protegeremos.

Acompañaron al emperador y su séquito hasta el muelle y allí fueron descargados los víveres y el aerodeslizador. Los caballos quedaron a su disposición y a la amanecida, el barco comenzó a alejarse, desplegando sus anchas velas.

- Y ahora, ¿qué hacemos? -preguntó Roure.

- Protegerlas del ataque de Volfram y sus huestes.

- Pues, será mejor que las conozcamos más de cerca -opinó Roure.

Nadie sabía cuánto tardaría Volfram en llegar, pero ahora estaban más seguros de que llegarían. La imagen de Volfram había aparecido entre las llamas convocada por los poderes que tenía

Daurada, la gran sibila de la isla de los oráculos.

CAPITULO VI

La estrella-sol que daba vida al planeta Torio surgía en aquellos momentos a los ojos de los terrícolas como si brotara de las aguas del lago, tranquilas en aquellos momentos. La marea había sido importante. La isla se había hecho más pequeña por unas horas.

- Esto podía ser una aventura maravillosa si Volfram no fuera a acabar con todos nosotros, si este magnífico planeta no corriera el riesgo de ser arrasado en breve plazo.

Lluny Flat tenía que dar la razón a su compañero Roure, pero también sabía que no se podía llorar de antemano por unos hechos que aún habían de ocurrir.

- Volfram llegará y lo hará pronto. La sibila consiguió captarlo y mostrarnos su figura.

- Pero ¿cómo lo logró?

- No lo sé.

- ¿Se daría cuenta Volfram de que lo estaban captando? ¿No se tratará todo de un truco tecnológico y lo que hemos visto en la cueva no sea más que una proyección holográfica dentro del fuego?

- No, no creo que fuera truco. Se trata del poder mental de esa mujer.

- Me cuesta admitirlo.

- Ya lo ha dicho Onion, son mujeres muy escogidas, seleccionadas entre las que pueden tener poderes. No olvides que los pueblos que evolucionan lentamente y no corren tras la tecnología consiguen mucho más de su propio cerebro. Son mejores telépatas y poseen el don de la telequinesia en mayor o menor grado.

Roure esbozó una sonrisa escéptica y luego opinó:

- Lo que sí está claro es que Onion y su pueblo las consideran muy importantes, más importantes que las joyas o los metales

preciosos. Esperemos que Volfram no piense igual.

- Si Volfram se entera de eso, lo que hará es chantajear a Onion con ellas o simplemente matarlas. Volfram es cruel, no conoce la piedad. Es un ser que desde que se dio a conocer sólo se ha dedicado a exterminar.

Oyeron unos ruidos que les obligaron a volverse. Por el camino que unía el muelle con la montaña-templo de las sibilas, avanzaban tres amazonas y una carreta tras ellas.

- Ahí están las sibilas -dijo Lluny Flat.

- ¿Vienen a recoger los víveres?

- Seguro, y también los animales que están en las jaulas.

Al frente del grupo iba la gran sibila Daurada. A derecha e izquierda, montando sus caballos también a horcajadas, avanzaban dos jóvenes discípulas. Sobre el pescante de una carreta cuya caja estaba vacía, viajaban otras dos discípulas.

La gran sibila, que seguía vistiendo una túnica roja que se abría por ambos lados para que pudiera montar, detuvo su corcel frente a los terrícolas. Primero, observó a Lluny Flat en silencio. Después, pasó su mirada a Roure y le dijo con una cierta sorna y también algo de severidad en su tono:

- Tú no crees en mis poderes. Leo en tu mente piensas que todo lo que digo son patrañas y embustes,pese a haber visto la figura materializada del que va a ser el invasor de nuestro pueblo.

- Bueno, yo… -Roure trató de excusarse.

De pronto, sin poder evitarlo, Roure comenzó a elevarse. Al darse cuenta de que no tocaba con los pies el suelo pétreo, pataleó nervioso, pero siguió ascendiendo. Movió brazos y piernas como si quisiera volar o agarrarse a alguna parte para no caer; la sorpresa estaba asustándole.

- ¡Eh, eh, bájeme de aquí, bájeme! -suplicó.

- Supongo que ahora sí creerás en mis poderes.

- ¡Sí, sí creo!

Daurada lo hizo desplazarse por el aire a unos tres metros de altura. Cuando dejó de ejercer su poder sobre Roure, éste cayó pesadamente, pero ella ya lo había colocado sobre la superficie de las aguas y Roure se dio un fuerte cachapuzón que hizo reír a las díscípulas de la gran sibila.

- No suelo hacer estas demostraciones -advirtió Daurada

mirando a Lluny Flat- pero durante el oráculo, capté unas energías incrédulas que me molestaron y llegaron a perturbarme. Quizás hubiera conseguido averiguar más sobre lo que deseaba saber nuestro emperador Onion y que interesa a todo el pueblo de Torio.

Roure nadó el corto espacio que le separaba del muelle. Lluny Flat le tendió la mano para ayudarle a salir del lago.

Cuando Roure quedó en pie, chorreaba agua y las jóvenes sibilas no se molestaron en disimular una sonrisa burlona.

- Acepto la demostración -declaró Roure, temiendo ser lanzado otra vez al agua después, de levitar y volar en contra de su voluntad.

Lluny Flat se fijó mucho en la joven discípula que tenía los cabellos largos y de color fuego claro. Ahora podía ver sus ojos grandes y verdes como esmeraldas llenas de luz, pero notó sobre sí la fuerza de la mirada de la gran sibila que, sin duda, era una mujer extraordinaria, todavía hermosa, aunque posiblemente doblara la edad de algunas de sus discípulas.

- Nos hemos quedado aquí a petición del emperador Onion -explicó a la gran sibila.

- Lo sé, pero nosotras sabemos defendernos, jamás nadie nos ha atacado. Todo el pueblo de Torio nos respeta.

- Pero, el invasor espacial Volfram no os va a respetar -le replicó Lluny.

- Está bien, podéis vivir en la isla el tiempo que deseéis. Este es un lugar hermoso, con buena temperatura. Nos ayudaréis a transportar a la montaña los víveres y los animales para el sacrificio.

- ¿Allí vivís siempre? -preguntó Roure.

- Sí, la montaña es nuestra morada.

Roure volvió a hablar, todavía algo incrédulo.

- ¿Puedo preguntar cómo no te quemaste al internarte en el fuego?

- Envolví mi cuerpo con una capa de fuerza mental que me protegió contra las llamas.

- ¿Todas podéis hacer eso? -interrogo Lluny, mirando a las discípulas.

- No -respondió la pelirroja-. Sólo consigue ese prodigio la que llega a convertirse en la gran sibila.

Daurada, antes de desmontar, explicó:

- La predisposición para alcanzar todos estos poderes es innata. Todas las discípulas que crecen y se forman aquí en la isla de los oráculos la tienen.

Otra de las jóvenes declaró:

- Aquí se nos enseña y se nos da la energía de la montaña mágica, pero pocas alcanzan lo que Daurada, la gran sibila, puede conseguir.

- Bien, basta, carguemos la carreta. Habrá que hacer varios viajes.

Lluny añadió a las palabras de Daurada:

- En nuestro vehículo también podemos llevar cosas. Creo que entre todos podremos cargar de una vez todos los víveres.

Se pusieron manos a la obra. Cargaron la carreta, el aerodeslizador y los caballos y abandonaron el muelle, pero no subieron por el empinado sendero que conducía a la gran entrada de la enorme sala de los oráculos, sino que entraron por una galería que estaba como oculta tras unos peñascos.

Avanzaron por ella sin problemas y llegaron a lo que parecía la residencia de las sibilas.

Todo allí era austero pero limpio. Podía pensarse que habría de faltar luz porque se hallaba en las entrañas de la montaña, pero no era así. Tenían huecos en las paredes desde los que se contemplaba parte de la isla y las aguas del lago y por los cuales entraba la luz del sol.

Para acceder a las celdas dormitorio, había que subir por escaleras. Todo allí era complicado, retorcido y hermoso al mismo tiempo.

- ¿Cómo te llamas? -preguntó Lluny Flat cuando quedó a solas con la discípula pelirroja.

- Gessamí.

- ¿Eres tú la preferida?

- ¿Por quién? -preguntó ella con una sonrisa.

- Pues, por la gran sibila, si ella piensa que vas a sucederla tú.

- Eso nunca se sabe. Algunas de nosotras terminaremos por abandonar la isla de los oráculos y vendrán otras nuevas discípulas, quizás con más poderes.

- ¿Quieres decir que podéis abandonar este lugar cuando lo

deseéis?

- No.

- Entonces?

- La gran sibila lo decide.

- ¿Aventajas a tus compañeras en poderes mentales?

Gessamí, sonriendo, preguntó:

- ¿Por qué quieres saberlo?

- No lo sé, me pareces excepcional.

- Mis compañeras también lo son.

- Sí, es posible, cualquiera de ellas haría enloquecer a un terrícola como yo, pero tú…

- ¿Yo?

- Sí, tú.

- ¿Qué ocurre conmigo?

- Eres como la luz en las retinas de un ciego.

- Es muy bonito lo que dices.

- ¿Me enseñarás toda la montaña?

- Si la gran sibila lo permite…

- Yo se lo pediré.

- No es necesario, se lo pediré yo -replicó la joven.

Señaló hacia una estancia que tenía un gran agujero desde el que se podía contemplar una excelente panorámica y dijo-: Este será vueStro dormitorio.

Gessamí desapareció dejándole solo. Al poco, Roure se reunía con su compañero.

- Una de estas discípulas me trae loco -le dijo.

- Eso es peligroso, Roure; estas mujeres son excepcionales.

- Sí, ya lo sé, no se las puede traicionar. Te leen el pensamiento y antes de que digas nada, ya saben lo que has pensado.

- ¿De veras? -preguntó, socarrón.

- La he estado mirando y se ha sonrojado.

- ¿Qué estabas pensando de ella, canalla? -se echó a reír.

- Puedes imaginártelo; pero no, no es sólo eso, es que me gusta. Será el síndrome de la soledad de los cosmonautas.

- Aconsejan siempre que viajes con una pareja, pero corres el riesgo de que ella te aburra o de que tú la aburras a ella.

- Lluny, me va a gustar mucho eso de protegerlas por orden del emperador.

- No vayas a propasarte; ya conoces los poderes de la gran sibila y no me gustaría verla colérica. Podría hacernos volar hasta meternos dentro de la hoguera de las ceremonias, y nosotros no tenemos la protección mental que ella posee.

Roure se dejó caer sobre la litera que encontró algo dura.

- ¿Qué límites crees que puede tener el poder de la gran sibila?

- No lo sé, pero por supuesto que la mente tiene sus limitaciones; de lo contrario podría ser utilizada para todo. Supongo que en esta especie de templo natural ellas ejercen sus poderes hasta aumentarlos, superándose cada día a sí mismas. Y la esperanza y deseo de las discípulas es llegar a igualar a la gran sibila. Después, sólo una de las jóvenes será elegida gran sibila.

- ¿Y las demás qué harán?

- Supongo que colaborar con ella en predicciones menores o se establecerán en distintas ciudades del planeta para hacer predicciones a quienes no puedan trasladarse aquí; no creo que todos dispongan de barcos. Además, el planeta es muy grande, serán muchos los que jamás lleguen a la capital de su imperio.

Descansaron, pues hacía ya muchas horas que no habían dormido. Cuando abandonaron su celda alcoba, se encontraron con una de las discípulas que se distinguía por un larguísimo y precioso cabello azabache que poseía brillo propio.

- Lluny, ésta es Llira.

- Hum, muy bonita.

- Si queréis comer…

La joven se puso a caminar y ambos la siguieron.

Lluny aprobó con un elocuente gesto la perfecta espalda de la mujer. Ella, sin volver la cabeza, aceleró el paso.

- ¿Lo ves? Ha leído nuestro pensamiento; no es necesario que te miren a los ojos.

En la sala comedor había una mesa en arco que presidía la gran sibila. Entonces pudieron contar diez discípulas.

- Cada vez hay más -comentó Roure.

- Os hemos condimentado animales sacrificados. Sabemos que vosotros sois carnívoros -les dijo la gran sibila.

- No hacía falta que os molestaseis -les respondió Lluny Flat-. Vuestra cocina con vegetales y pescados es muy sabrosa; lo pudimos comprobar en palacio.

Como si el azar hubiera querido favorecerles, Gessamí quedó sentada al lado de Lluny Flat y Llira junto a Roure.

- Vivís aquí como una gran familia -opinó Lluny Flat.

- Es que lo somos -respondió la gran sibila-. Todas las discípulas saben que su vida está aquí. Se confía en nosotras para misiones importantes; nadie como nosotras puede leer e incluso materializar el porvenir.

- Pero no podéis cambiarlo -objetó Roure.

- No, no podemos cambiarlo, y por eso sé que nuestro pueblo va a sufrir con la llegada de Volfram y sus huestes piratas.

- ¿Conseguiste saber cuál será el fin de esta invasión? -preguntó Lluny Flat antes de llevarse a los labios una copa tallada en madera, llena de un vino oscuro y denso que parecía inundar de fuego todo el cuerpo.

- No, no sé cuál será el fin de todo. Vi fuego y sangre, y sé que será tiempo de dolor para el imperio de Torio.

- Si la situación se afeara, tendré que llevaros a nuestra cosmonave y de allí saltaremos al espacio. Nos alejaremos y tendremos que dejar que el tiempo transcurra hasta que Volfram abandone el planeta. Entonces os devolveremos aquí.

- Si mi pueblo ha muerto, ¿de qué servirá que yo regrese?

Roure replicó a la gran sibila:

- Si tus discípulas son vírgenes como imagino, bastará que encontréis a algunos supervivientes de la batalla para que comencéis a tener un nuevo pueblo.

- Son vírgenes, sí, es imprescindible que lo sean para alcanzar los grandes poderes. Claro está que no todas podrán llegar a ser una gran sibila y en ese caso que expones, será preciso poner nuestro cuerpo al servicio del pueblo de Torio para que tenga descendientes y no desaparezca. Mientras quede una semilla, una sola semilla después de la batalla, después del fuego y de que los ríos de sangre tiñan los océanos de rojo, esa semilla fructificará y no desapareceremos.

Aquella misma tarde, Gessamí y Llira se dedicaron a mostrar a sus invitados gran parte del interior de la extraordinaria montaña, surgida allí quizás millones de años antes por la erupción de un volcán.

Lo que más impresionó y sorprendió a los terrícolas fue el lago

que había en las entrañas de la horadada montaña. No era muy grande y estaba iluminado por lámparas de aceite.

- ¿Es agua de lluvia o del propio lago que nos rodea? -preguntó Lluny Flat.

- Del lago -explicó Gessamí-. Hay una filtración subterránea, y el nivel de esta laguna es el mismo que el del lago que rodea la isla.

- Pero tiene una ventaja… -observó Llira.

- Aquí hace calor -opinó Roure, antes de que Llira prosiguiera.

- Así es. La filtración de agua debe pasar por una veta geotérmica. Se calienta y el agua está a una temperatura muy agradable. Nosotras nos bañamos aquí.

- Pues a mí me gustaría darme un chapuzón -manifestó Lluny Flat.

- Y a mí -exclamó Roure.

Lluny Flat le preguntó:

- ¿Os molesta que nos bañemos?

- No, claro que no -respondió Gessamí.

Lluny Flat comenzó a desnudarse. Las muchachas, comprendiendo lo que iba a suceder, se volvieron. Cuando oyeron los chapuzones, se dieron la vuelta para mirar a los dos hombres que nadaban con fuerza en aquella laguna subterránea que tenía una agradable temperatura.

- Eh, Lluny, esto es fantástico. Yo no me voy de nuevo al espacio sideral; se vive mejor aquí.

- ¿Por qué no os bañáis vosotras también? -propuso Lluny.

- No, no. Luego os reunís con nosotras a la salida del agua -les dijo Gessamí.

Ellos estuvieron nadando un buen rato hasta que optaron por salir del agua.

- Fantástico -opinó Lluny Flat-. Esto es el paraíso.

- Sí, pero ellas son unas doncellas que se cuidan mucho. A lo mejor no han visto nunca a un hombre así como nosotros. ¿Cuánto tiempo crees que hará que están en esta isla?

- No sé, pero parece que las traen de niñas. Yo me llevaría a Gessamí conmigo.

- Toma, y yo a Llira, es maravillosa. Lo que no sé es hasta qué punto tiene poderes mentales, y la verdad es que eso me asusta un poco. ¿Crees que alguna de ellas, en el futuro, puede ser

mentalmente tan poderosa como Daurada, la gran sibila?

- No lo sé, no las conozco bien, pero preferiría que Gessamí no llegara a ser nunca como la gran sibila. Ahora, vamos, nos estarán esperando.

Efectivamente, las muchachas estaban esperando y sonrieron al verles.

- Ya estamos aquí y la verdad es que un baño nos ha ido muy bien. ¿Verdad, Lluny?

- Sí, nos hacía falta.

- Venid, os enseñaremos un lugar muy hermoso desde donde se ve el nacimiento de las lunas -propuso Gessamí.

Tuvieron que subir unos escalones y avanzar por galerías estrechas. Al fin, salieron a una especie de terraza natural donde crecían arbustos floridos. Allí habían instalado unas butacas de madera.

- Uf, ya estoy cansado de subir -confesó Roure.

Se acomodaron en las butacas y pudieron ver el nacimiento de las lunas que, lentamente, a medida que el cielo oscurecía, aumentaban de luz.

- ¿Qué es lo que os falta en este paraíso? -preguntó Roure a las jóvenes discípulas de la gran sibila.

- Hombres -confesó Llira.

- ¡Llira!

- ¿Por qué negarlo? -replicó aquella, mirando a Gessamí directamente.

- Sabes que lo que has dicho nos está prohibido.

- Yo no llegaré a ser nunca la gran sibila, lo sé; en cambio, tú tienes muchas posibilidades, lo has demostrado en varias ocasiones y Daurada tiene debilidad por ti.

- Pero, ellos son nuestros invitados, ¿qué van a pensar?

- Lo que piensan, tú y yo ya lo sabemos, y no niegues que te gusta lo que Lluny piensa de ti.

- Si se entera Daurada, nos devolverá a la metrópoli.

- Pues a veces pienso que preferiría regresar. Yo no tengo tus posibilidades, Gessamí, ya lo sabes, y no es que esté descontenta de estar aquí. Es un lugar maravilloso y he aumentado los poderes mentales que ya tenía y que me servirán para ofrecerme a quienes deseen venir a consultarme. Ya sabes que todas las discípulas que

regresan a la metrópoli después de haber estado un tiempo en la isla de los oráculos son muy respetadas y gozan de gran prestigio y estimación.

- Será mejor que no comentemos nada; la gran sibila puede captar nuestras palabras. Ella nos aprecia mucho y nos guía.

- Es cierto, pero creo que esta conversación, después de todo, no nos lleva a parte alguna. Por lo que sabemos, vamos a ser atacadas por unos seres despreciables que sólo quieren saquear y matar.

- ¿Cómo son esos seres? -preguntó Gessamí, encarándose con LLuny Flat.

- Volfram, el jefe de esos asesinos, es el que visteis entre las llamas. Así lo he visto yo en los vídeos.

- ¿Videos? ¿Qué es eso? -preguntó Llira.

Lluny Flat comprendió la dificultad de dar una explicación clara a aquellas jóvenes que vivían una cultura que no había entrado en los complicados y sorprendentes laberintos de la tecnología y la electrónica.

- Un vídeo es como ver el dibujo de alguien pero en movimiento. Es como lo que visteis entre las llamas pero dentro de un cuadro.

- Si las llevamos a la cosmonave, podrán verlo -indicó Roure-. También nosotros tenemos nuestros poderes.

- Si llega el gran desastre -añadió Flat-, os llevaremos a nuestra cosmonave y ascenderemos, os haremos volar más alto de lo que pueda volar la gran sibila. Como ha dicho Roure, también nosotros tenemos poderes.

En aquellos momentos, en el cielo que había sobre ellos, aparecieron unos puntos luminosos. Eran como el nacimiento de unas nuevas estrellas; sin embargo, Lluny Flat sabía que no se trataba de estrellas.

- ¡Ya están ahí!

CAPITULO VII

Volfram estaba en su butacón de mando rodeado por sus colaboradores más adictos y no todos ellos eran iguales entre sí, pues procedían de distintas civilizaciones.

- Este planeta es un objetivo fácil -dijo Volfram, muy seguro de sí.

Acostumbraba a cubrir su cabeza con un yelmo negro y brillante de cuya parte superior salían una especie de rayos de oro.

- Tenemos el planeta bajo el control de nuestras armas. Podemos atacar en cuanto tú lo ordenes, Volfram -le dijo su lugarteniente de operaciones ofensivas.

- Tenemos un plan factible. No quiero destruir todo aquello que nos hemos de llevar como botín de guerra.

- Si el botín a conseguir es tan importante como se asegura en los informes que posees, habrá que tener muy en cuenta la destrucción de este pueblo.

- Quiero los metales preciosos y las joyas del palacio imperial y de los templos, especialmente. En mis informes tengo anotado que aquí encontraremos los dos brillantes mayores y más hermosos que puedan verse en toda la galaxia.

- ¿Y dónde encontraremos esos brillantes? -preguntó uno de sus más abyectos secuaces, un ser que era tan ancho como bajo. Su piel era de color amarillo verdoso y carecía de cabellos o vello en todo el cuerpo.

- Uno de los brillantes está en el templo de la metrópoli. Es de color rojo y según mis informes, es grandioso.

- ¿Y el otro?

Ante la pregunta, respondió algo vago, demostrando que no sabía el lugar exacto donde se hallaba el brillante que buscaba.

- Mis informes dicen que está en manos de unas adivinadoras.

¡Qué estupidez! Deben ser una especie de brujas en una civilización tan primitiva como es la de este planeta llamado Torio.

- Si el brillante está en manos de las adivinadoras, lo encontraremos. Bastará con traer a bordo a algunos altos personajes del gobierno de esta civilización y exploraremos su mente. Extraeremos de ella cuanto sepan y nos dirán dónde se esconden esas brujas -manifestó el científico del grupo, que era un sujeto de piel pardo negruzca, muy alto de estatura.

- Sí, estoy seguro de que encontraremos rápidamente lo que buscamos. Tenemos que reponernos de víveres de todas clases y también llenar un par de cosmonaves cargueras con hembras jóvenes para venderlas en un planeta frontier. Las mujeres jóvenes se cotizan bien en esos lugares. Nos llevaremos el botín del palacio y los templos, y marcharemos hacia nuestro próximo objetivo.

- ¿Y si ofrecen resistencia? -inquirió otro de sus subordinados.

- Arrasaremos las ciudades, calcinaremos los bosques, haremos hervir el agua de sus mares y provocaremos erupciones volcánicas. Tendrán un apocalipsis; nuestras armas están listas para disparar.

A todos les pareció muy bien el plan de Volfram, el personaje que había comenzado sus fechorías de pirata en solitario, hasta hacerse más poderoso y convertirse en corsario en favor de algunas civilizaciones, mientras no fue anulada su condición de tal y él mismo se auto-denominó Volfram, el señor de la guerra espacial.

- ¿Cuándo empezamos la invasión? -preguntó su lugarteniente, ansioso de entrar en combate.

- Dentro de una hora. Que todo el mundo esté en su sitio y las cosmonaves de combate tomen posiciones orbitales. Daré las órdenes a través del computador de coordinación, y la orden de disparo. Quiero que se den cuenta de que no tienen ninguna posibilidad de sobrevivir si ofrecen resistencia.

Sus ayudantes predilectos partieron hacia los lugares de acción, excepto dos que permanecieron junto a Volfram. Este manejó su gran ordenador, que fue computando los datos que los sensores le iban proporcionando.

En pantalla apareció el mapa de la superficie del planeta, visto de forma plana. El propio computador, según los deseos e intenciones de Volfram, fue marcando con circulitos rojos los puntos a batir con las armas.

- Ya tenemos listo el mapa del ataque inicial, el ataque de aviso. Deben enterarse de cuáles son mis poderes -dijo Volfram con su voz grave.

Su pequeño ejército se había distribuido alrededor del planeta Torio, indefenso frente a un ataque espacial, un planeta que carecía del más simple de los satélites artificiales de comunicaciones.

A través de la telecomunicación simultánea, Volfram consultó a sus capitanes de cosmonave si estaban en sus puestos, y un panel de luces se fue encendiendo.

Todos los cuadritos luminosos quedaron llenos, de brillante color rojo, lo que equivalía a decir que todos estaban en su sitio. La invasión había comenzado.

- Es un placer volver a cobrar un gran botín -dijo Volfram mientras acercaba su mano enguantada en negro a un botón rojo.

Todas las cosmonaves que se hallaban orbitando en torno al planeta Torio como cazadores acechando a su presa, comenzaron a disparar simultáneamente sus armas.

Miles de rayos de luz semejaron clavarse en la superficie del planeta como si fueran monstruosos alfileres o lanzas luminosas.

Empezaron las deflagraciones sobre la superficie del planeta y en torno a las ciudades. Llamas, humo, fue un avance de lo que podía ser el infierno, pero Volfram había estudiado bien su ofensiva inicial; en ella no debía destruirse nada que pudiera ser valioso.

Volfram saboreaba lo que para él constituía una fácil y rentable victoria: atacar a seres indefensos con armas poderosas para robarles cuanto tuvieran.

Asesinar, violar, esclavizar, era algo que satisfacía a Volfram y a sus seguidores lo mismo que tantas y tantas veces había ocurrido a lo largo de la historia de la mayor parte de las civilizaciones de las galaxias.

- Je, je, je, les hemos dado tiempo, hemos perdido muchas horas orbitando a estos imbéciles.

Su lugarteniente observó:

- No será lo mismo que atacar a las fuerzas confederadas de la galaxia.

Aquellas palabras molestaron a Volfram.

- Algún día lucharé contra ellas y las venceré, cuando sea más poderoso, cuando mi ejército espacial aumente y no haya quien

pueda igualarlo, ni siguiera la unión de las civilizaciones. Tengo mucho tiempo por delante. Expoliaremos a muchos planetas como éste y con el botín que vaya recogiendo, conseguiré comprar materiales y hombres con los que construiré las mejores cosmonaves que se hayan visto jamás.

Las ciudades de Torio quedaron rodeadas por el humo de los incendios. Volfram había querido entrar en el planeta con fuego; después llegaría la sangre. Demostraba a aquel pueblo pacífico que era mucho más poderoso y que podía destruirlos a todos si le apetecía.

- Atención, atención, los cazas listos para dar pasadas de intimidación.

Las cosmonaves seleccionadas descendieron sobre el planeta. Se internaron en su atmósfera y volaron muy bajo, produciendo estruendos sobre las ciudades que hacían saltar cristales. Deseaban crear el pánico sobre la población, que correría espantada de un lado a otro, como si las violentas y demoledoras fuerzas infernales se hubieran desatado sobre ellos.

- Je, je, deben estar muy asustados y no sabrán hacia donde correr. No es un pueblo preparado para grandes batallas y menos procedentes del espacio. Ellos, carecen de los más simples aparatos voladores.

- Creo que ya no hará falta asustarlos más, Volfram; ya deben conocer tus poderes -dijo uno de sus ayudantes.

- Sí, claro, ya deben conocerlos. Ahora viene la segunda fase que es invitarles a someterse por las buenas, claro.

La cosmonave insignia de Volfram comenzó a descender a baja velocidad. Entró en la atmósfera del planeta y siguió bajando, buscando la vertical de la metrópoli que se asentaba junto al lago.

La cosmonave insignia pilotada por el propio Volfram era la mayor y la más luminosa de todas. Se podía ver a mucha distancia, mientras descendía sobre la capital del imperio de Torio.

- Que todo el mundo se meta en sus casas y cierre puertas y ventanas -ordenó el propio Volfram por el sistema de megafonía, sabedor de que iban a entenderle-. Todo el mundo en sus casas y nada ocurrirá.

Fue repitiendo su orden y las calles quedaron vacías.

La cosmonave insignia se posó sobre la gran explanada frente al

palacio imperial, mientras las cosmonaves de caza se mantenían alerta.

Los guerreros piratas aparecieron por la gran rampa, bien pertrechados y cubriendo su cabeza con un yelmo, aguardaron a que descendiera Wolfram con su capa blanca forrada de color carmesí.

Volfram, sintiéndose triunfador, subió por la escalinata y se internó en el palacio.

Había dado orden de que todo el mundo se encerrara en sus casas, pero esperaba encontrar allí a la representación del gobierno para que se le rindiera; sin embargo, no vio a nadie.

Avanzó por las majestuosas salas de paredes policromadas y pasó al gran salón del trono; mas allí no había oro ni piedras preciosas.

En un trono de madera descubrió a un hombre con la cabeza sin cabello. Tenía ojos de mirada intensa, poderosa, y no parecía derrotado. Aquel hombre era el emperador Onion.

- ¿Quién eres? -preguntó Volfram.

- Tú eres Volfram, un ladrón que se pasea por entre las estrellas.

Volfram se quedó quieto un instante. A derecha e izquierda tenía a sus secuaces apuntando con sus armas al hombre sentado en el trono de madera.

- De modo que tú sabes quién soy yo.

- Sí.

- ¿Cómo lo sabes? No me has visto jamás y carecéis de medios de telecomunicación interestelar.

- Tenemos adivinas que nos advirtieron de vuestra llegada.

Volfram se relajó, hasta se rió un poco.

- De modo que hablas de tus famosas adivinadoras…

- Márchate, en este lugar no tenéis nada que hacer.

- Nos iremos cuando nos hayáis entregado vuestros tesoros.

- No hay tesoros.

- Mientes -silabeó Volfram, acercándose al emperador Onion para cogerle por la túnica. Lo agitó hasta derribarlo, demostrando así su fuerza física, pero la realidad era que Onion no se había defendido lo más mínimo mientras seguía encañonado por las armas de los expoliadores.

- Sabemos que tenéis tesoros, y en especial los brillantes más

grandes del universo, que son de color rojo.

- Marchaos de este pueblo, dejadnos vivir tranquilos -les pidió Onion, que pese a estar caído e indefenso frente a los agresores no se sentía humillado ni parecía que fuera a suplicar clemencia.

- Nos iremos cuando hayamos cargado lo que hemos venido a buscar. -Se volvió hacia sus hombres-. Buscad por el palacio y en el templo que está en lo alto de la montaña.

Los guerreros piratas se esparcieron por palacio. Atravesaron los jardines y sólo se encontraron con animales que parecían dormitar; eran los falsos animales regalados por el sabio Lotus.

Llegaron al templo.

Allí ya no había estatuas, y en la cúpula no estaba el colosal brillante que daba el magnífico ambiente rojo al interior del templo.

_¡Volfram! -interpeló uno de los jefes piratas.

Volfram habló por el telecomunicador que llevaba en su brazalete.

- ¿Habéis encontrado los tesoros?

- No, no hay nada, se lo han llevado todo.

- ¡Seguid buscando! -ordenó tajante, furioso.

- No encontraréis nada -silabeó el emperador Onion.

- Eso ya lo veremos. Tenemos medios para vaciar tu mente, y nos dirás dónde lo habéis escondido todo.

- Quizás la solución no la encuentres en mi mente.

- Eso ya lo veremos -gruñó Volfram, amenazador-. Si no encuentro nada, arrasaré la ciudad; no va a quedar piedra sobre piedra. La calcinaré con todos sus habitantes dentro, de modo que es mejor que me entreguéis los tesoros.

- A partir de este momento, ya no te diré nada más -replicó el emperador Onion.

- ¿Qué tratas de decir?

El emperador no volvió a responder. Se había quedado como hierático, tenía los ojos abiertos pero su mirada estaba perdida.

- ¡Estúpido, habla, te lo ordena Volfram!

Fue inútil, el emperador Onion se había quedado tieso como un cadáver.

- Es como si se hubiera autohipnotizado -gruñó el lugarteniente de Volfram.

- ¿Qué posibilidades tenemos de poder explorar su cerebro?

El secuaz de Volfram que más entendía de aparatos para vaciar la memoria de las mentes humanas, opinó:

- Mientras se mantenga en ese estado hipnótico profundo, no podremos hacer nada; tiene un fuerte bloqueo de su cerebro.

- ¡Maldición! ¡Que cuatro guerreros lo vigilen; voy a ver si me encuentro a alguien más! ¡Seguidme!

Cuatro guerreros armados se quedaron vigilando al emperador Onion que había cerrado su mente a todo contacto, aislándose así de sus agresores.

Volfram subió por los jardines hasta que se encontró con la glorieta de piedra dentro de la cual había una estatua que reconoció.

- Sabio Lotus, ¿qué haces aquí? -inquirió, como si la estatua de piedra pudiera responderle-. Tú, tú has tenido que ayudarles, lo intuyo. Maldito seas, brujo galáctico.

Desenfundó su arma y disparó contra la estatua que se fragmentó en millares de pedazos mientras toda la glorieta se venía abajo.

CAPITULO VIII

- Os llevaremos a la cosmonave en nuestro aerodeslizador -les dijo Lluny Flat.

- Es una locura, nos descubrirán -advirtió Roure-. Y nuestra cosmonave no puede enfrentarse a todas esas cosmonaves de guerra.

- Tenemos un cañón fundente y fragmentador de grandes meteoros y poseemos unos pocos misiles, pero no tenemos para replicar a todas esas cosmonaves -admitió Lluny Flat.

- Nos quedaremos aquí -dijo como una sentencia la gran sibila Daurada.

- Es posible que vengan -advirtió Lluny Flat.

Gessamí preguntó:

- Si esas cosmonaves se acercan, ¿qué haremos?

- Si han de capturarnos, moriremos -advirtió Daurada.

- No estarás pensando en un suicidio -gruñó Roure.

Daurada, tajante, silabeó:

- No nos capturarán vivas.

- Si fueran pocas cosmonaves, podríamos enfrentarnos a Volfram, pero tal como está la situación, eso es imposible.

- Vendrán a robar el brillante rojo, terminarán por saber dónde está -apuntó Roure.

- Con tu permiso, Daurada, voy a tomar ese brillante rojo y lo sacaré de donde está.

- ¿Para qué?

- Se puede arrojar a las aguas.

- Lo perderemos -se asustó Gessamí.

- Se puede volver a buscar bajo el agua cuando ellos se hayan ido; claro que también se puede transportar al aerodeslizador y llevarlo a la cosmonave. Si Volfram sabe que llevamos el brillante a

bordo, no se atreverá a desintegrarnos.

- El brillante rojo es lo más importante de la montaña de los oráculos -recitó Daurada-: no se puede perder.

- Es lo que trato de conseguir, que no se pierda. Roure, ayúdame, vamos arriba.

Daurada advirtió:

- No podréis llegar.

- Hay que escapar -apremió Gessamí, temerosa por lo que pudiera ocurrirle a Lluny Flat. La gran sibila captó su mirada, la joven se percató de ello y desvió sus ojos.

- Ellos están en la ciudad y terminarán por averiguar dónde está la isla de los oráculos -dijo Lluny Flat-, de modo que hay que proteger ese brillante, además de a vosotras. En esta isla no hay muchos lugares donde poderos esconder.

Buscando senderos naturales, iniciaron el ascenso de la montaña que tantos agujeros tenía. Roure iba muy cerca de su compañero, siguiéndole los pasos.

A mucha distancia podían verse tenues columnas de humo que enturbiaban el cielo. Lluny Flat sabía a qué se debían. Volfram había atacado ya la metrópoli.

- Lluny!

- Sí, Roure.

- ¿Te has fijado en la isla?

- ¿Qué pasa?

- Cuanto más ascendemos, más pequeña parece.

- Cierto, ya vemos el agua que la rodea.

- Hace más viento aquí arriba -observó Roure, viéndose con dificultades para seguir ascendiendo por las paredes rocosas.

No llevaban nada para escalar; ni cuerdas, ni clavos ni piquetas; sólo podían fiarse de sus manos, de las puntas de sus botas y de su intuición para escoger los mejores caminos.

- Lluny…

- ¿Qué? -respondió, deteniéndose.

- ¿Por qué crees que se les ocurrió poner el brillante tan arriba?

- Vaya una pregunta, lo colocaron sobre la cúspide de la montaña mágica, eso es todo.

- Estoy pensando que por muy valiosa que sea esa gema, nuestras vidas valen más.

- No hables tanto y pégate a la roca como si fueras un lagarto o te vas a despeñar.

De pronto, un pie de Roure resbaló. Quiso agarrarse, pero allí la roca estaba muy resbaladiza y comenzó a caer.

Lluny Flat se volvió, viendo como Roure se despeñaba.

Una fuerza invisible detuvo su caída, acercándolo a la pared, donde quedó agarrado.

- ¿Estás bien?

- Uf, creí que me iba abajo. No sé cómo me he salvado.

- Creo que se lo debes a Daurada, que está abajo vigilándonos.

Roure comprendió que la gran sibila debía haber empleado su fuerza mental para evitar que él se despeñara.

- Menos mal que ha servido para ayudarme.

Siguieron ascendiendo y corriendo riesgos. Lograron llegar a la cumbre de la montaña de los oráculos y desde allí arriba pudieron contemplar toda la isla, que no era demasiado grande.

- Aquí dentro está el brillante -dijo Lluny Flat, descubriéndolo.

- Lo colocaron bien para que le diera siempre la luz del sol y proyectara los rayos de luz rojizos hacia el interior de la gran sala de las adivinaciones.

- Está muy bien colocado. ¿Crees que podremos sacarlo de ahí y bajar con él?

- Lo intentaremos.

- ¡Eh, Lluny, a tu espalda!

El terrícola se volvió, descubriendo en el cielo algo que volaba hacia ellos.

- Creo que es un ave.

- Parece enorme.

- Y aquí no tenemos armas para defendernos.

- Maldita sea… ¿Por qué las dejaríamos abajo? La gigantesca ave volaba hacia ellos, aleteando en un vuelo majestuoso, y a medida que se acercaba, podían verla mejor como era realmente.

- Parece un dragón volador -opinó Roure.

- O un quiróptero gigantesco.

- Creo que nos ha visto y viene a devorarnos. Maldita sea, podían habernos avisado de que había bestias como ésa por aquí.

- Rápido, tenemos que buscar un sitio donde escondernos.

Empezaron a deslizarse de la cúspide de la montaña rocosa

mientras el viento azotaba su cuerpo.

En lo alto de la montaña no era fácil encontrar donde guarecerse con el escaso tiempo de que disponían.

La extraña bestia alada se acercaba a ellos lentamente, pero en vez de dirigirse a la cúspide, comenzó a volar alrededor de ella, como en un vuelo de reconocimiento.

Al descubrirles, emitió una especie de graznido o bufido atronador y salió una especie de llamarada de entre sus grandes fauces.

- ¡Estamos perdidos! -gritó Roure-. ¡Nos ha visto!

- ¡Lluny Flat, Lluny Flat!

- ¡Eh, Lluny, ese bicho habla!

Lluny Flat se quedó mirándolo, atónito. Los ojos de aquella bestia carecían de expresión; era un monstruo muy grande que cubría el cielo sobre ellos.

Los dos terrícolas habrían cabido tendidos dentro de las fauces del pájaro, pues su pico no era el propio de las aves, sino que tenía boca de dragón armada con dientes.

- ¡Venid a mí!

La bestia voladora se posó sobre la cúspide, sosteniéndose sobre sus patas armadas de grandes garras. Se agachó, su vientre se abrió y apareció una rampa.

- ¡Es falso, es falso, no es una bestia sino una máquina! -exclamó Roure que estaba agarrado a un saliente con evidente riesgo de precipitarse montaña abajo.

- Esto me huele a sabio Lotus.

De nuevo subieron a lo alto, pasando por debajo de la falsa bestia. Se dirigieron hacia la rampa y se internaron por ella en el cuerpo del animal. La rampa se cerró tras ellos. Una escalerilla adosada al interior del cuello les permitió llegar hasta la cabeza de la bestia, donde había una pequeña cabina con una butaca de mando y los controles al alcance de quien se sentara en ella.

- Y ahora, ¿qué se puede hacer con esto? -preguntó Roure, acomodándose junto a Lluny Flat que se sentó en la butaca de mando.

- Si el sabio Lotus nos lo ha enviado, será porque tenemos que emplearlo. ¿Te acuerdas de que nos habló de este animaloide?

- Sí, pero no nos contó todas sus posibilidades.

- Puede pasar por una bestia orgánica.

- Sí, pero si nos acercamos a la ciudad, nos dispararán.

- Supongo que este gran animaloide volador dispondrá de medios ofensivos.

- ¿Y si no los tiene?

Lluny Flat tecleó en el panel de mandos que tenía delante mientras miraba al horizonte por una disimulada mirilla que el ave tenía en la frente. También se podía mirar a través de los ojos.

Disponía de tres pantallas. En una de ellas marcó un objetivo que era un peñasco que se hallaba junto a la orilla.

- Veremos si esto funciona.

Apretó el botón de disparo y brotó un rayo de la ventanilla izquierda de la nariz. El peñasco se desintegró.

- Creo, Roure, que podemos luchar con este aparato que nos ha enviado el sabio Lotus.

- Pero, ¿dónde está él?

- Supongo que en su asteroide, no lejos de aquí, de lo contrario no nos habría podido enviar esta máquina voladora.

- ¿Y qué les decimos a las sibilas? Se van a creer que esta bestia nos ha engullido.

- Veremos qué tal se maneja este bicho.

- Podía habernos enseñado antes cómo funciona.

- No lo hizo porque aún no lo tenía acabado.

- Oye, me queda una duda.

- ¿Cuál?

- Cómo puede manejar el asteroide? Porque es indudable que ese asteroide no es errante; él lo lleva hacia donde mejor le parece.

- Así es. El sabio Lotus tiene más poderes de los que imaginamos. El asteroide errante es su guarida y él lo traslada por donde quiere. Nos ha localizado y nos manda esta ayuda.

- Pero, ¿tú crees que con este pajarraco podremos hacer algo?

- Hasta que no lo intentemos, no lo sabremos.

- Puede ser un suicidio.

- Bájate si quieres, yo sigo con esta máquina. Si me la ha enviado el sabio Lotus, confío en ella.

- Voy contigo.

- Entonces, no hablemos más; veremos cómo se maneja esta máquina alada.

Atendiendo a la lectura del ordenador que llevaba el dragón volador, Lluny Flat lo hizo saltar de nuevo al aire apartándose de la montaña. Con las alas extendidas, comenzó a descender en picado.

- ¡Que nos matamos! -gritó Roure, agarrándose a los brazos de la butaca.

El animaloide planeó antes de llegar al suelo. Sus alas eran gigantescas, pero con los sensores de suprarradar que poseía, ninguna parte de su cuerpo rozaba con roca o arbusto alguno.

- ¡Daurada, Gessamí, Llira, nosotros estamos dentro! -gritó Lluny Flat a través de los altavoces de que disponía el dragón volador-. ¡Vamos a ver qué se puede hacer contra los invasores!

- Creo que nos han deseado suerte -dijo Roure-. Lo he sentido en mi cabeza.

- Esas mujeres son terribles. Te pueden meter en la cabeza lo que quieran y a distancia.

- Ahora que vamos a morir, te diré que me he enamorado de una de ellas -confesó Roure.

- ¿De Llira?

- Sí.

- Pues, yo estoy como tú -declaró Flat.

- ¿De Gessamí?

- Sí.

Ambos se echaron a reír mientras el dragón volador se alejaba de la isla de los oráculos en dirección a la metrópoli, volando muy bajo casi a ras de agua. No tardaron en ver con mucha claridad las columnas de humo que rodeaban la ciudad como un cerco mortal.

- ¿Estará Volfram aquí? -preguntó Roure.

- Hemos visto descender una cosmonave de gran tamaño; es posible que sea la de Volfram. Hay que atacarle por sorpresa.

Al llegar a los muelles de la metrópoli, el dragón volador alzó el vuelo. Las cosmonaves de caza no debieron darle la importancia que tenía, tomándolo como una bestia, pues incluso la temperatura aparente del cuerpo estaba simulada.

- Allí está la cosmonave, frente a palacio.

- ¿Qué vas a hacer?

- ¡Esto!

El dragón volador, como grito de guerra, lanzó al aire aquella atronadora mezcla de graznido, bufido y rugido.

Sin pensarlo dos veces, queriendo coger por sorpresa a los invasores que eran muy superiores en número, Lluny Flat oprimió el botón de disparo.

La cosmonave insignia fue alcanzada de lleno; dos rayos de gran poder la hicieron estallar.

Su desintegración fue cegadora. El propio Volfram, que estaba contemplando el templo, desnudo de su oro y sus piedras preciosas, volvió el rostro, oculto dentro del casco, hacia la deslumbrante luz.

- ¡Maldición, nos atacan, es una trampa! -rugió.

- ¡Que ataquen las cosmonaves de caza! -exclamó su lugarteniente.

- Hay que ir a por el emperador o, cuando menos, hay que capturar a gente de este lugar para que revelen de qué ejército disponen.

Descendieron corriendo por los jardines, pero a Volfram y sus secuaces les salieron al paso los animales que el sabio Lotus regalara al emperador Onion.

Aquellas bestias atacaron a los invasores, los cuales, sorprendidos, emplearon sus armas contra ellos. Pero de nada les sirvió porque aparte de sus garras o picos, los ojos de aquellos animales despedían rayos láser que cogieron desprevenidos a los acompañantes de Volfram.

Este, casi volando con su capa, llegó hasta el palacio, internándose en él.

Cuatro guerreros piratas custodiaban al emperador Onion que permanecía de pie, quieto como una estatua de piedra.

- Nos lo hemos de llevar. ¡Matad a las fieras que veáis!

El felino atigrado apareció en la puerta, gruñendo.

- ¡Matadlo, matadlo! -gritó Volfram.

Dispararon contra el felino segundos después de que los ojos de éste vomitaran rayos de muerte, alcanzando al propio Volfram que se inflamó.

Mientras, en el exterior, el dragón volador arrojaba su fuego de muerte contra las cosmonaves de caza que descendían sobre el planeta, pero ya no tenían orden de batalla; su cosmonave insignia había desaparecido y, por tanto, su gobierno para el combate.

No lejos, el asteroide errante enviaba flujos de rayos perturbadores que hicieron enloquecer a los ordenadores de las

cosmonaves de caza, las cuales fueron perdiendo el rumbo. Algunas de ellas cayeron sobre el planeta, estrellándose y desintegrándose.

El pueblo de Torio, asustado, pudo ver cómo el dragón volador abatía a las cosmonaves invasoras y después regresaba a la isla de los oráculos, posándose frente a la entrada de la cueva.

Se abrió su vientre y por la rampa descendieron los terrícolas, lo que tranquilizó a la gran sibila y a sus discípulas que aguardaban ansiosas.

- Sabemos que habéis vencido a los invasores -dijo Daurada.

- Ha sido con la gran ayuda del sabio Lotus que nos ha enviado a este dragón volador con extraordinarias prestaciones para que pudiéramos hacer frente a Volfram, sorprendiéndole. No les hemos dado tiempo suficiente para prepararse contra nosotros.

Escucharon un fuerte ruido. El dragón volador, como si poseyera vida propia, semejó querer decirles algo. Se cerró la compuerta bajo su cuerpo y al fin se escuchó la voz profunda del sabio Lotus.

- Suerte a todos, amigos. El dragón volador regresa al asteroide Errabund; su misión aquí ha terminado.

La fantástica bestia emprendió el vuelo sin tripulantes, tal como había llegado, gracias a las órdenes grabadas en su ordenador general.

Le vieron desaparecer, majestuoso, bajo el cielo azul.

- ¡Lluny, Lluny, cuánto he temido por ti! -exclamó Gessamí, no pudiendo evitar estrecharse contra él. La emoción ponía lágrimas en sus ojos.

Llira hizo lo propio abrazando a Roure mientras la gran sibila Daurada ponía cara de circunstancias.

- Creo que no es adecuado que ninguna de las dos se quede aquí -declaró-; os espera otra vida distinta. Vuestro destino no es convertiros en las grandes sibilas. Marchaos con los extranjeros y que el destino os sea favorable.

Con la bendición de la gran sibila, los cuatro subieron al aerodeslizador.

Regresaron a la metrópoli que, terminada la batalla, recobraba paulatinamente la normalidad.

Los ciudadanos acudían en masa al palacio imperial y cada uno de ellos portaba un pedazo de oro, una joya, o, entre varios, las bellas estatuas que tan sólo unas horas antes, por orden del

emperador Onion, se habían llevado del palacio y del templo para ocultarlas celosamente dentro de sus propias casas.

Todo aquel tesoro era del pueblo y al pueblo correspondía protegerlo.

Días más tarde, las dos parejas se dirigían a la cosmonave y a bordo de ella, se alejaban de aquel maravilloso planeta llamado Torio, cuyos ciudadanos mantenían intacta su dignidad humana.

- ¿Adónde vamos? -preguntó Gessamí.

- Sí, eso, ¿adónde vamos? -inquirió Llira a su vez.

- Al planeta Tierra -respondió Lluny Flat, controlando los mandos de su cosmonave Fura-. Veréis que allí también tenemos parajes hermosos y ciertamente idílicos; pero antes, hemos de hacer una visita a un sabio loco llamado Lotus…

La cosmonave se fue perdiendo en la inmensidad de las estrellas.

El mismísimo sabio Lotus contemplaba su rumbo desde una gran pantalla, sintiéndose feliz, mientras sus androides y extraños animales le rodeaban.

F I N

This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
08/07/2011